Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIII — San José, Costa Rica — 1931 — Sábado 3 de Octubre — Núm. 13

Año XIII. No. 557

SUMARIO

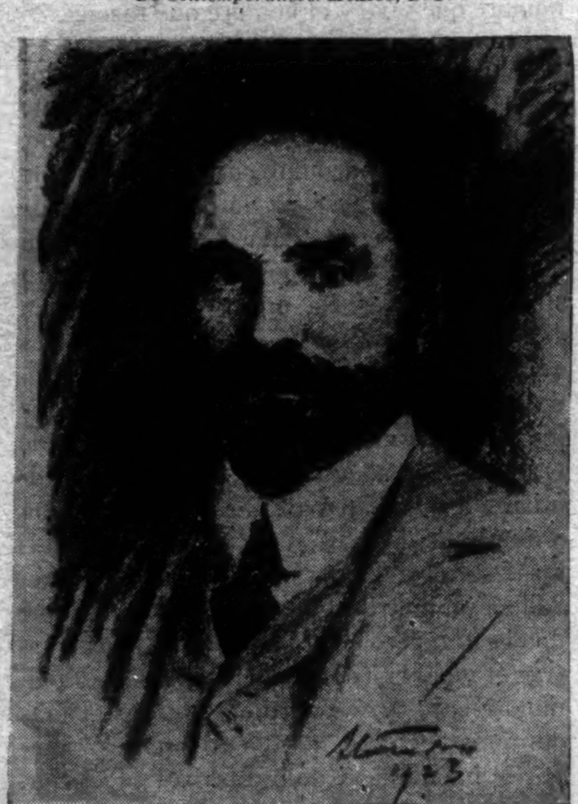
La torre de Ironía

Jorge Santayana

—De *Contemporáneos*. México, D. F.—

Mientras hubo una escuela de filosofía en Harvard, hubo ahí también pensadores y maestros de tan diversas índoles filosóficas, que difícilmente parecieron formar una sola escuela; no obstante, posiblemente fueron, a ese respecto, los más característicos representantes de las débilmente federadas filosofías que constituyen la república del pensamiento saxoamericano. ¿No pertenecía al grupo de Harvard aquel profundo conocedor de lo bueno y de lo bello, George Herbert Palmer, quien con tan tierna piedad pudo sostener aquella fase del puritanismo, tal y como había sido suavizada en los alrededores de Boston por una cultura secular? ¿No estaba ahí Josiah Royce, traído de California, con su nueva manera de probar la existencia de Dios, y sus vastísimos conocimientos con los que, gracias en parte a sus maestros alemanes, pudo levantar la amplia aunque un tanto complicada estructura del idealismo metafísico que en su mayor parte trataba de relacionar al individuo con el mundo a la manera como lo estaba en la teología cristiana? ¿No estaba ahí William James, esplendente y vernacular, quien había de encontrar los más sólidos cimientos del peculiar optimismo de sus compatriotas e hizo todo lo posible por unir el silencio de una celda de estudio con el estrépito enervante de un mercado? ¿Y acaso no se encontraba ahí también Jorge Santayana, prestado por España al Nuevo Continente, observando el puritanismo con católicos ojos, con helénicos ojos la cristiandad, y con escépticos la democracia y el optimismo? En esta interesante variedad se hallaban reunidos tales elementos que difícilmente puedan encontrarse de igual manera en cualquier otro centro universitario, por lo que el episodio de su asociación continuará por mucho tiempo interesando al crítico e historiador. Pero el historiador o crítico literarios deben preocuparse particularmente por la presencia en el grupo de Harvard de su más joven miembro y de su más preclaro genio.

Santayana era antes que nada un poeta que pensaba e idealizaba su senda en el sutil y encantador mundo en que vivía. Él



Jorge Santayana

mismo nos ha dado el mejor análisis de sus facultades poéticas: "De la ternura apasionada o del frenesí dionisíaco no poseo nada, ni siquiera aquella magia y abundancia de frase—en realidad, la creación de un idioma nuevo—que marcan los verdaderos límites de la poesía. Aunque mi temperamento haya sido por naturaleza ardiente, el hecho de que el inglés (y no puedo escribir otro idioma con seguridad) no era mi lengua natal, de por sí hubiera impedido cualquier uso inspirado en mí; sus raíces, por otro lado, no llegaban al fondo de mi propio sér. Nunca apuré en la infancia las cadencias y arrullos del hogar, indispensables en toda poesía espontánea. No sé de la fragancia de los mundos encantados, de los cuentos de hadas o de los viejos cantos de cuna. Además, soy hijo de la ciudad; y esa intimidad con la naturaleza, esas notas rurales inseparables del sentimiento poético en casi todos los poetas de habla inglesa,se acallan en mí por completo. El paisaje me es sólo una decoración para la fábula, o un símbolo para el destino, como lo era para los antiguos; y la escena humana en sí misma no me es más que un tema de reflexión. Ni tampoco me han fascinado los vericuetos de villorrio, ni el aspecto o carácter de las variadísimas clases y condiciones de hombres. Mi relación con el lenguaje es sólo literaria". A pesar de esto, continúa: "En cierto sentido creo que mis versos, intelectuales y pobres como posiblemente sean, representan una inspiración pura, una verdadera docilidad. Una musa —no precisamente inglesa—llegó de verdad hasta mi rincon de aislamiento; èra la misma, o el espíritu de la misma que visitó a Boecio o a Alfredo de Musset o a Leopardi. Me era literariamente imposible no responder a su elocuencia. Y tan pronto como ese impulso cesó, cesó en mí también la idea de escribir versos. Mi emoción—porque ahí hubo una emoción genuina—transformóse suavemente en sensación, en algo así como que la lección estaba ya aprendida; no había más tiempo que perder para esta clase de unción y destemplanza. Estoy casi seguro que el lector inteligente probablemente ha de gustar más de las posteriores versiones en prosa de mi filosofía; yo mismo las prefiero, como si fueran más ampliamente afirmadas, más sanas y llenas de vida. Y en ellas, si está interesado, encontrará la misma cosa mucho más cerca de su origen, en su prematuro y accidental escenario, con sus auténticas y personalísimas notas".

Sólo en el momento en que la filosofía de Santayana estaba forjándose, fue cuando su poesía vibró con las notas más personales. Sus versos ocasionales e íntimos son, en su mayoría, de dolor, aunque a través de todos sus ensayos dramáticos no llega a derramar una sola gota de sangre. No obstante, sus odas, y frecuentemente sus sonetos, se encuentran salpicados de un rapto y éxtasis que llegan muy hondo y cautivan, y de una música que vibra de manera ajena a la de la poesía inferior.

Porque si era cierto que forjaba una filosofía, también procuraba registrar las profundas experiencias y motivos que le daban color. Su experiencia primera, los datos lo atestiguan, fue principalmente un rompimiento: se libertaba de la antigua fe que había heredado de su hambre de amor que nunca había de satisfacer. Costumbres, sentimentalismo, desconfianza en la razón y en el conocimiento le preocuparon y atormentaron durante mucho tiempo, y al fin pudo desprenderse de ellas:

Sweet are the days we wander with no hope
Along life's labyrinthine trodden way,
With no impatience at the steep's delay,
Nor sorrow at the swift—descended slope.
Why this inane curiosity to grope
In the dim dust for gem's unmeaning ray?
Why this proud pity, that dares to pray
For a world wider than the heaven's cope?
Farewell, my burden! No more I will bear
The foolish load of my fond faith's despair,
But trip the idle race with careless feet.
The crown of olive let another wear;
It is my crown to mock the runner's heat
With gentle wonder and with laughter sweet.(1)

En el asunto de su amor, el autor de estos sonetos, atormentado, más que por sus sentidos, por el inmenso anhelo de la gloria y belleza de amar y ser amado,

But, Oh, ye beauties, I must never see
How a great lover have you lost in me!(2)

se desprende de esa esperanza imposible de alcanzar, y de su dolor que parece interminable, para buscar refugio mucho más allá de toda ilusión o pena.

After grey vigils, sunshine in the heart;
After long fasting on the journey, food;
After sharp thirst, a draught of perfect good
To flood the soul, and heal her ancient smart.
Joy of my sorrow, never we can part;
Thou broodest o'er me in the haunted wood,
And with new music fill'st the solitude
By but so sweetly being thou art.
He hath who made thee perfect, makes me blest.
Oh fiery minister, on mighty wings
Bear me, great love, to my eternal rest.
Heaven it is to be at peace with things;
Come, chaos now, and in a whirlwind's rings
Engolf the planets. I have seen the best (3)

De este modo el amante, como el pensador de sonetos, alcanza una certeza profunda, una perfecta calma escéptica en la cual fundar su filosofía. Una filosofía así obtenida es difícil que sea superficial, porque ha nacido de una experiencia adquirida en las mismas raíces de la vida; es difícil el que se encuentre en ella algo de amargura, de maldad o de inútiles lamentaciones, por haber ya perdido todos sus pequeños egoísmos en el crisol del dolor. Si Santayana es uno de los filósofos más lógicos, también es uno de los de más personalidad. Estas dos cualidades se unen en él, haciendo de su persona una de aquellas poquísimas en que se pueden encontrar casi al mismo tiempo el hombre que vive y el hombre que razona.

Los *Sonetos*, los versos más exquisitos publicados en los Estados Unidos durante las postrimerías ruidosas del siglo pasado, marcan, según puede presumirse, el período de la vida literaria de Santayana, en que tenía la idea de una vida razonable y en la que hizo el firme propósito de construir un sistema de filosofía digna de ella. A su alrededor yacían, él vió, ruinas de ilusiones e idealismos, escombros de doctrinas derrumbadas aquí y allá por los instintos que los filósofos no querían o no podían, salvo en contadísimas ocasiones, identificar o admitir en sus sistemas. El hombre era un animal que, a veces alcanzando las más altas formas del pensamiento, se había elevado a un punto en que ya era algo más que una bestia, pero que todavía tenía que arrastrar el viejo lastre de sus instintos y el acumulamiento y desperdicio de las viejas opiniones e ideas que en diferentes tiempos le habían servido o estorbado. Su condición intelectual era, por consecuencia, tan confusa como probablemente había sido siempre; y sólo podía salir de ella por un esfuerzo comparable con aquel que hubo de hacer cuando se separó de las otras bestias que eran entonces sus vecinas y primas. Así, pues, el hombre debería hacer uso, en un nuevo esfuerzo, de la historia y del análisis—imperfecto aún—y de los descubrimientos accidentales que antes ya habían sido sus únicos instrumentos. Y esto fue lo que se propuso Santayana al escribir con una precisión metafísica la epopeya de la mente humana en su evolución, desde los obscuros momentos en que por primera vez tuvo conciencia de sí misma como entidad, y no sin causa alguna, tramada en el mecanismo de la naturaleza exterior y de los instintos animales, hasta aquellos otros en que pudo sentirse inteligencia pura y considerar a la naturaleza ya como mero mecanismo; estado que sólo alcanza un reducido número de hombres. La epopeya sería algo así como una tragicomedia de errores, una lucha constante contra cosas extraordinarias, una continua derrota por alcanzar un fin relativamente feliz.

El que *La Vida de la Razón* no haya llevado la forma y el método del *Prometeo Encadenado* o del *Hellas*, de Shelley (que brotaron de una visión muy semejante a la de Santayana, más de lo que a primera vista parece), débese al temperamento y profesión del propio Santayana. De carácter no era "una perfecta criatura", como él mismo dice al hablar de Shelley, sino "un producto combinado de .... la naturaleza, de la historia y de la sociedad", no siendo "obtuso a las sarcásticas y diversas lecciones de la fortuna", ni incapaz de "aprender por el cañoneo de inexplicables y amargos hechos que destruyen, en el mayor número de nosotros, lo poquito de sabiduría que tenemos". En su epopeya tenía que tomar en cuenta multitud de datos de la existencia—que Shelley tuvo que dejar aparte—para ser honrado con su concepción de la vida humana, que consistía en un conflicto dramático entre el bien y el mal deliberados. Profesionalmente, Santayana era un filósofo cuya ciencia era dialéctica. Por más viva que haya sido su concepción del desarrollo de la mente humana, no creía que pudiera justificarse sólo por una mera expresión poética de ella; de igual manera que si el botánico quisiera justificarnos un campo de flores, que para el *amateur* solamente sería un cuadro encantador, con describir únicamente las impresiones que le proporcionara su aspecto, pero sin mencionar siquiera el nombre científico de una flor o distinguirla exactamente de otras por su olor o colores.

El filósofo o el botánico tiene sus habilidades para convencer, no menores que el lego para persuadir; deben de ser precisos y analíticos. Por lo tanto, aunque Santayana escribía lo que en efecto era una epopeya, tuvo que hacerla tan exacta como un tratado, dando origen, como era natural, a que los expertos la encontraran demasiado poética, y los profanos demasiado científica. La *Vida de la Razón* ha corrido lamentablemente la misma suerte que el *Dynast*, de Thomas Hardy, el único fruto semejante en su generación literaria, y caído, como vulgarmente se dice, *entre dos bancos*.

Su suerte es deplorable, porque la *Vida de la Razón* ofrece una profunda, perspicaz, excitante y bella síntesis de la experiencia

(1) *"Dulces son los días en que vagamos sin esperanza—por el hollado y torcido camino de la vida,—sin impaciencia en la tardanza del ascenso,—ni tristeza por lo rápido del descenso.—A qué esa insensata curiosidad por buscar—en el turbio polvo el fulgor inútil de una gema?—A qué esa vana piedad, que osa pedir un mundo mayor que la bóveda del cielo?—Adiós carga mía! Nunca más llevaré—el tonto fardo del loco desvarío de mi fe,—sino que emprenderé el ocioso caminar con paso descuidado.—Dejad a otro que lleve la corona de olivo,—que la mía es mofarme del ardor del corredor,—con asombro gentil y dulce carcajada".*

(2) *"Mas nunca, oh, beldades! debo contemplar—qué ferviente amante habéis perdido en mí".*

(3) *"Después de grises vigilias, sol en el corazón;—después de largo ayunar en el sendero, pan;—después de abrasante sed, corriente de suprema bondad—para inundar el alma y curar su viejo resquemor.—Alegría de mi tristeza, nunca podremos separarnos;—tú me cobijaste en el bosque encantado,—y con música nueva llenaste la soledad—ahí, pero tan dulcemente como eres tú.—Aquel que perfecta te hizo, háceme bien aventurado.—Oh, vehemente sacerdote, en poderosas alas—transpórtame, gran amor, a mi descanso eterno.—El cielo debe estar en paz con las cosas;—ven ahora mismo, Caos; y en los anillos de un remolino—arrastra a los planetas, que ya he visto lo mejor".*

humana. Su perspectiva, si no la más amplia, es al menos muy extensa. Con la ayuda de los filósofos modernos, principalmente de Spinoza, Santayana regresa a Platón y Aristóteles, tratando de alejar, como sea posible, todas las confusiones que desde entonces se han escurrido en la filosofía, y estableciendo su sistema con cimientos que pudieran, él cree, parecerles a ellos mismos muy razonables. Destruye y descarta, como asunto sin importancia, la duda especulativa sobre la existencia de la realidad como entidad en sí misma más allá de toda apariencia. Está de acuerdo con Aristóteles en que "toda cosa ideal tiene un fondo material, y cada cosa material tiene un proceso ideal". Ajeno de esta forma a todo prejuicio, ya sea en favor de lo real o de lo ideal, avanza acompañado de la historia de la naturaleza humana en busca de la satisfacción de sus deseos y aspiraciones idealistas, por las cuales y en las que el instinto principal de la reproducción se convierte en amor radiante; las que convierten la industria supersticiosa o ciega en arte creador, y el rudo y brutal gregarismo en sublime sociedad que trasciende clanes, estados y hasta utopías y en donde los intereses ideales se posesionan de la mente cuyos "componentes son los símbolos que engendra por el amor a la excelencia, a la belleza y a la verdad". Finalmente estudia con amplitud los tres elementos principales de la sociedad ideal: religión, arte y ciencia. "La Religión es la vida de la imaginación moral, en la que la poesía y la espiritualidad—Dios y la inmortalidad—son metáforas del ideal que sobre el bien tienen los hombres. El Arte es el artificio por el cual el hombre realiza en la materia, a través del sonido y de la vista, en la música y en los monumentos, transitorias formas de consabida perfección. La Ciencia es el modo con el que el hombre transcribe y abrevia, práctica y convenientemente, una experiencia, que de otra manera sería demasiado fluída y anárquica para ser digna de atención".

"Me hallaba", desde entonces nos ha explicado, "completamente desprovisto del conocimiento y de la imaginación romántica que hubiera podido facilitar a cualquier emancipado rival de Hegel, o a cualquier sistemático Nietzsche, o a cualquier dialéctico Walt Whitman, describir la *Historia de la Voluntad de Ser Todo y Cualquier Cosa*. Un espíritu ávido, omnívoro, no era espíritu para mí, y yo no podía escribir la vida de la razón sin antes distinguir ésta de la locura". Las líneas que traza entre la locura y la razón revelan la clase de hombre que era cuando escribía su obra maestra. Desterrado entre protestantes, bárbaros eclécticos, recordaba el sagrado Mediterráneo, lleno de recuerdos de la democracia griega y del orgullo romano, y de la resignación católica, en su perfecta tristeza y su belleza perenne. En medio de estos recuerdos era alimentado por una tradición que había considerado por largo tiempo a la naturaleza como el fondo de la vida, llegando a creer firmemente que existía mucho más allá de lo que realmente era en sí. De esta forma, claro que pudo hasta haber tenido una concepción más positiva de la vida que la que en realidad posee, cuando la consideraba como "una cosa decididamente de episodio, políglota, interrumpida e insegura", y hasta casi a maravillarse de no haber llamado a su libro *El Romance de la Sabiduría*. Es una consecuencia lógica, y una desventaja, del positivismo de sus primeros años de letras, el que en cierta época haya puesto las manos tan ávidamente en la antropología y la historia y las haya empleado en ocasiones como materiales plásticos para ser modelados por manos creadoras. Pero también es otra consecuencia, y aquí una ventaja, el que, sin esperar mucho tiempo para *tener voluntad de empezar*, haya llevado sus sistemas a un fin y perfección completas, dejando un monumento de conocimientos y bellezas, tan sólido que no sufre ningún serio deterioro por el hecho de que contenga errores en sus detalles o porque el plan general de la obra haya resultado diferente. Tenía que construir, y ningún filósofo, como ningún arquitecto, son universales. Un templo puede ser grandioso aunque coexista con una estación de ferrocarril.

Aunque la esencia de *La Vida de la Razón* sea vulnerable, como probablemente lo sea, sin embargo, quedarán intactas la gracia, la oportunidad y el ingenio de miles de observaciones que sobre la naturaleza del hombre incidentalmente hace. "El fanatismo", dice por ejemplo, "consiste en redoblar el esfuerzo cuando se ha olvidado el objeto y fin principales". "El hombre que la historia considera inteligente florece en el cuerpo de un imbécil y va atado a un loco . . . Por esto la más grande inteligencia humana todavía es bárbara; combate con pesada armadura y paga aún bufones en la corte". O de nuevo "El dolor es la conciencia intensa y vacía, deteniéndose en aquello que no tiene carácter y sacrificando toda satisfacción sin ofrecer nada en cambio. Se tiene horror al dolor por su intensidad y tedio intolerables. Así, pues, únicamente puede así curarse por el sueño o el entretenimiento. En sí mismo no tiene motivo alguno; su violencia es irremediable y su ausencia no ofrece sustitutos con los cuales pudiera ser desligado o aminorado". Santayana alcanza a veces momentos de exaltación tan musicales y excelsos como estos: "El universo, hasta donde es posible observarlo, es un maravilloso e intenso mecanismo; su grandeza, su orden, su belleza, su crueldad, hácenlo igualmente impresionante. Si dramatizamos la vida que hay en él y concebimos su espíritu, nos llenaríamos de admiración, de terror, de regocijo: tan grande así es ese espíritu, tan prolífico e inexorable, tan gramatical y torpe. A la manera de las plantas y los animales, el cosmos tiene su modo de hacer las cosas, quizá no del todo racionales o idealmente las mejores, pero paciente, fatal y fructíferamente. Maravilloso es el proceso del lodo y del fuego: grande y terrible este vasto, doloroso y magnífico experimento. ¿Por qué, pues, no hemos de contemplar el universo con piedad? ¿Acaso no es nuestra propia substancia? ¿No estamos hechos de barro? Todas nuestras posiblidades descansan en la eternidad que hay escondida en su fondo. Es el dispensario de nuestras alegrías. Debemos dirigirnos a él sin temores ni supersticiones, porque no es perverso. Sigue abstractamente sus hábitos y leyes, y puede confiarse en la verdad de su palabra. No es un imposible el que la sociedad pueda existir entre él y nosotros; y puesto que es la fuente de todas nuestras alegrías, ¿no debemos acercarnos más a él y alabarlo convenciéndonos de que vegeta eterna y dolorosamente, y que no debemos culparlo por aquello que sin duda nunca ha sabido que hace? En donde existe una laboriosa e infinita potencialidad como esa, debe haber seguramente espacio para toda esperanza. Si nos debemos de abstener de juzgar los errores de nuestros padres y las debilidades de nuestras madres, ¿con qué derecho podremos dictar nuestra sentencia contra los crímenes inconscientes del universo, los cuales, por otro lado, vienen ya a ser parte de nuestra propia sangre?" Otras veces, murmurando, deja caer su irónica

garra: "Cuando en el día de Juicio, o probablemente antes, un hombre se dé cuenta de que todo lo que estaba haciendo en bien del Señor, lo hacía en provecho de la más insignificante de sus criaturas, su satisfacción, después de un momento de sorpresa, será ciertamente muy genuina".

Los demás libros de Jorge Santayana pueden considerarse, aunque no del todo, como comentarios a *La Vida de la Razón* o como prolongaciones del mismo tema dentro de un mismo radio. Sus primeros trabajos, *El Sentido de lo Bello* e *Interpretaciones de la Poesía y de la Religión*, tratan de los caminos que sigue el espíritu en el mundo del gusto y de la imaginación. En *Tres Poetas Filosóficos* y en el famoso ensayo del libro *Vientos de Doctrina*, examina las diferentes manifestaciones de vida que aparecen en las obras de Lucrecio, Dante, Goethe y Shelley, con referencia particularmente a sus influencias en la filosofía del mundo civilizado y en la gran poesía. En *Vientos de Doctrina*, donde disecciona a grandes pensadores contemporáneos, como Bergson y Bertrand Russell, dió por primera vez sus ideas, ahora clásicas, de las dos tendencias, la una suave y pálida, bárbara y fuerte la otra, que constituyen la filosofía saxoamericana. En este tiempo ya había partido de los Estados Unidos, arrastrado a Europa por la nostalgia semejante a la que tuvo años antes Henry James. Inglaterra había cautivado a otro peregrino, por lo que a él parecía, y parece, como el inaccesible y viejo país donde hubiera preferido haber nacido. "Lo que amo en Grecia y en Inglaterra es ese contentamiento en lo finito, esa forma de expresarse pura y sencilla, y principalmente la perfección y simplicidad". Sin ninguna intención por cambiar su nacionalidad, considerándola en no menor escala que a la religión y al amor como una cosa "extremadamente imbuída en nuestra esencia moral para sustituirse con honradez, y demasiado accidental a un criterio amplio y liberal para siquiera ser digna de atención", encontró que en Inglaterra podría vivir lo más cómodamente posible dentro de la amplia corriente que ofrece ahí la vida de la razón. Al principio de la guerra se unió al clamor más grande en que hubo de afiliarse, y flageló a los alemanes con su agudo y malicioso *Egotismo de la Filosofía Alemana*, una filosofía que había visto siempre como bárbara por su trascendentalismo y su jerga de tecnicismos. Después en *El Carácter y la Opinión en los Estados Unidos*, volvió la vista, desde el meridiano inglés, a la vida moral e intelectual de una nación que tenía, como dijo: "un fondo de vigor, de virtud y esperanzas, como ninguno otro país había hasta la fecha tenido", pero que aun por ser demasiado activa y estrepitosa, le faltaba mucho de lo que es bueno y hermoso.

Sabe también ser sentimental, como en ciertos pasajes de sus *Soliloquios en Inglaterra* y *Soliloquios Posteriores*, en donde con frecuencia llega a la terneza de Washington Irving al hablar de los encantos de la isla feliz. Como escritor puede decirse que, debido a su mordacidad y acritud, carece de la fuerza y énfasis necesarios. A través de sus discursos actúa y muévese dentro de un mismo nivel, casi a hurtadillas, cadenciosamente, sin tener los momentos dramáticos que la filosofía puede proporcionar, no menos que los de la poesía o los de la historia. Los filósofos y psicólogos juzgan que Santayana es a veces my ambiguo y a veces demasiado concreto. "Noto", dice con orgullo, "que los hombres, cuando se asoman a mis páginas, las encuentran consistentes, casi asfixiantes". Y con razón, porque, como luego dice, "Estoy resignado a ello porque soy una mente". Y conformándose con esto, se ha desligado como ningún otro filósofo de su tiempo, de todo instinto, pasión, doctrina o credo. ¿Puede un hombre ser completamente civilizado en un mundo que todavía es en mucho animal y bárbaro? Santayana ha procurado realizar ese ideal. Y es cosa curiosa de observar que este esfuerzo le ha hecho girar en un círculo completo. En su libro *Escepticismo y Fe Animal*, en el que une la confianza más absoluta que hay que tener en la fe animal (sentido común), con el escepticismo sistemático más absoluto (el cual debe juzgar al mundo de la esencia como la única cosa indubitable, y considerar, por tanto, el de la existencia como ilusorio, aunque ninguno de los dos inhabitable para aquel que quiera aceptar, estudiar y aplicar las reglas por las que parece gobernarse), Santayana nos dice en el prefacio de lo que llama su filosofía: "Mi sistema no es mío, ni nuevo . . . Tengo un gran respeto por la ortodoxia; pero por ninguna de esas ortodoxias que prevalecen en determinadas escuelas o naciones y que varían de tiempo en tiempo, sino por la sutil ortodoxia de un hombre común, por sus sentimientos y artificios que pueden en cualquier momento dado defenderla y apoyarla. Creo que el sentido común, aplicado en forma tenaz y ruda, es técnicamente más profundo que cualquiera de las escuelas filosóficas, cada una de las cuales apenas examina y vislumbra la mitad de los hechos y dificultades, en su eterna ansiedad por creer que encuentra en el detalle el enigma del todo. Desconfío de toda superior suposición y miro con simpatía honda los viejos prejuicios y las creencias diarias de la humanidad, mal expresadas, pero con fundamentos más sólidos". Así, en esta teoría, Aristóteles y el hombre sencillo se dan la mano. Probablemente se ha exagerado la idea de que Jorge Santayana es en la filosofía un caballero andante, un Quijote cabalgando en un rocinante especulativo y tomando molinos de viento por gigantes fabulosos; pero posiblemente resulte que también sea, con su sabiduría sagaz, un Sancho de la Filosofía.

Carl Van Doren

(Tradujo O. G. Barreda.)

Los rotarios en Bogotá

= De *La Antorcha*. París. =

(Véase la entrega anterior).

Singular es el honor que ha recaído en el Director de esta revista, con la dedicatoria que de su primer número le hacen los rotarios bogotanos. En esa publicación don Luis Eduardo Nieto Caballero, en funciones de Vicepresidente Rotario, contesta el artículo que en el primer número de *La Antorcha* dediqué al Rotarismo Internacional.

Nadie sabe tan bien como nosotros, dice don Luis Eduardo, todo lo que tiene de pueril, la institución rotaria... pero asegura que en Bogotá somos diferentes, poseemos un sentido más grave, más trágico de la vida . . . más triste entonces, concluyo yo, que con ese temperamento andemos haciendo nosotros la mascarada rotaria que no se amolda a nuestros rostros . . . pero vayamos a lo de fondo. No hay temor, dice don Luis Eduardo, de que nada de esto nos cause daño . . . no somos niños de pecho los rotarios de América Latina. Los rotarios somos los hombres de mayor prestancia, conductores intelectuales, estadistas, profesionales de muchos timbres, etc., etc. . .

La América española se quedará un poco confusa, creo yo, al saber que sus estadistas, sus conductores intelectuales, sus hombres de prestancia son rotarios . . . Pero no se alarme la América, no se alarme Colombia; los estadistas rotarios deben ser los estadistas del Congreso de la Habana y los estadistas de Panamá y el Catatumbo y quedamos algunos en América para quienes estos caballeros no son estadistas, sino apenas . . . rotarios. Reconocemos que son buenos rotarios . . .

Don Luis Eduardo, que no es niño de pecho, nos asegura que es infantil el peligro de la penetración, no es nada lo de Panamá, nada el Catatumbo, y que, además, la matriz de Chicago no ejerce ninguna influencia sobre los rotarios colombianos. El señor Nieto no niega la existencia de la "cuota mensual", pero dice que está compensada esa cuota con la suscripción a la revista *The Rotarian* que trae sustanciosos artículos. Me permitirá el señor Nieto que yo dude de que el entusiasmo rotario sea equivalente a ciencia infusa: tengo el escepticismo de suponer que muchos contribuyentes rotarios al recibir *The Rotarian*, lo echan al cesto porque no está escrito en su idioma, pero gozan la satisfacción de recibir revistas en extranjero . . . mentalidad rotaria. Suponemos que la sustitución del castellano,

idioma atrasado de nuestros padres, por el inglés, idioma del maquinismo, no es todavía una parte del programa de esos caballeros de *"prestancia, conductores intelectuales, estadistas profesionales de muchos timbres, que son los rotarios"*. Y por lo mismo, tengo la ingenuidad de pensar que tanto dinero bueno de la América Latina, el dinero de los rotarios hispanoamericanos, se emplearía mejor en casa sosteniendo revistas en castellano, que yéndose a servir de apoyo a una Revista que el promedio de los nuestros no puede ni siquiera leer.

¿Por qué no fundar una buena Revista de juventud en Bogotá en vez de fomentar con dinero colombiano *The Rotarian* de Chicago? ¿Y también, se me permitirá la audacia, no sería mejor que ese dinero que se va al *Rotarian* de Chicago , que no necesita patronato, se empleara en pagar suscripciones de una humilde revista como *La Antorcha*, que por lo menos se ocupa de los intereses de nuestra raza en el Continente? Hago la pregunta, un poco en broma y otro poco para confundir a mis estimados amigos, pero descuiden, sé de sobra que un órgano como *La Antorcha* se sostiene del público o no se sostiene, no está hecho ni podría estarlo, para defender caballeros de prestancia, estadistas, y conductores intelectuales . . . que no necesitan de *La Antorcha* . . . el público humilde acaso sí encuentre en nuestras páginas algún aliento para las luchas terribles que tarde o temprano han de emprenderse contra la hipocresía y con eso basta para la gloria de *La Antorcha* . . .

No espero yo suscripciones rotarias, pero es elemental suponer que si nuestros pueblos padecen por falta de revistas y libros no es justo que los hombres de mayor prestancia colaboren para sostener revistas extranjeras y no hagan nada como no han hecho hasta hoy, para calmar la sed de cultura, la sed de lectura que agobia a nuestros compatriotas iberoamericanos.

Otra defensa de don Luis Eduardo nos sugiere un cargo, que no se nos ocurrió formular en el artículo inicial, pero que ahora aparece de bulto. Los Rotarios, sociedad de agentes de comercio, nos dice don Eduardo, se caracterizan por el espíritu de cooperación, de solidaridad, de servicio a la comunidad. Don Luis Eduardo repite textual el sermón metodista que se pronuncia en cada una de las sesiones rotarias . . . pero a mí me suena cómico ese léxico, de marca registrada protestante, en un liberal colombiano, más aún, un bogotano, tal como lo es don Luis Eduardo. Me imagino al bromista bogotano, ágil de espíritu que es Luis Eduardo con la toga protestante afirmando: nosotros nos ocupamos del servicio a la comunidad . . . Y no sé si está de broma o está de veras don Luis Eduardo cuando nos dice: muchas sombras han sido disipadas, muchas cruzadas benéficas han sido emprendidas, donde quiera que la rueda dentada ha servido de símbolo a los hombres.

Recojamos sin embargo, lo que está implícito en el discurso rotario, el complejo especial de hombres que confunden y deforman valores. Advertid el caso de hombres que se reunen para fines de su profesión comercial y tras de hablar de las alternativas de la bolsa, se levantan a pronunciar discursos sobre el servicio público y cruzadas de humanidad . . .

Hay en el latino cierto buen gusto y finura de espíritu, en que por cierto abundan los bogotanos, un aseo moral que no tolera se confundan, se ensucien, se contagien unos de otros determinados valores de la conducta. Se necesita de una confusión y una falta de estética verdaderamente puritanos, para que no resulte chocante una reunión de mercaderes entregada a lenguaje filantrópico y a tareas de hermanos de la caridad . . .

Nosotros en la desdeñada tradición de nuestros padres preferimos poner cada cosa en su sitio. Por eso nos repugna mezclar el ajetreo del mercado con los sermones del templo . . . Y no es que alimentemos ningún prejuicio contra el comercio legítimo, que tan útil ha sido en el desarrollo de la civilización y que hace a la gente cosmopolita y simpática . . . Tampoco nos desagrada el sermoneo; lo que nos horripila es la confusión de actividades que tienen su hora y su sitio, pero que revueltas se tornan una monstruosidad.

Acusé al Rotarismo de hacer propagandas políticas y en prueba cité el caso de varios Clubs de México que dieron su Visto Bueno a eso que el señor Nieto reconoce es infamia que salta a la vista: la elección que creó los actuales poderes del México Rotario. Señalé también el caso de la propaganda rotaria hecha en Colombia en favor del régimen rotario de México, por el Inspector general rotario Carvallo. En este caso concreto, el señor Nieto Caballero procede como el fraile del cuento, cuando dijo del prófugo . . . por aquí no pasó y metió la mano en la manga . . . El señor Nieto afirma que Carvallo nada dijo en Bogotá. A lo sumo le constará que no le dijo nada a él . . . De todas maneras, la palabra de don Luis está fuera de duda y yo el primero la acepto a ciegas . . . Pero igual crédito merece y en el mismo grado exactamente, la palabra de quien me relató los trabajos del señor Carvallo en San Salvador . . . Y el caso de Berrío, lo comprobé en persona y lo vuelvo a relatar ahora, ya que don Luis Eduardo salta sobre él, como sobre ascuas... Anotemos antes de seguir adelante que el señor Nieto Caballero se muestra falto de serenidad, por lo menos cuando se pone a defender a Carvallo, a causa de que nada le dijo a él . . . De esto no se deduce que Carvallo no haya hecho lo que yo afirmé. Yo no afirmé que Carvallo dijera algo a don Luis Eduardo porque no me consta y don Luis Eduardo a fuer de caballero seguramente lamentará haberse dejado llevar de la pasión rotaria para negar hechos que me constan, en nombre de experiencias suyas ajenas a los hechos que refiero . . .

Me rectifica el señor Nieto Caballero acerca del nombre del Agente General Rotario; yo lo llamé Ballesteros y resulta que es Carvallo o viceversa; nunca me ocuparé de poner eso en orden. El personaje existe y existe su tarea subrepticia, con eso me basta. Del sujeto de Berrío, por ejemplo, nunca me preocupó conocer el nombre; hay casos en que es más piadoso no retener nombres, por piedad a las personas que padecen el mismo apellido . . . y por aseo mental es mejor no retener ciertas combinaciones de sílabas. La identidad de Carvallo la ha fijado el mismo don Luis Eduardo. La identidad del sujeto de Berrío la determino diciendo que es el mismo que publicó en el *Espectador* de Bogotá, nada menos, una larga correspondencia, en tercera plana, explicando a su manera mi recepción en Berrío . . . Y repitiendo la lección aprendida de Carvallo; hagan que les hable Vasconcelos de educación, pero no de política... yo soy su discípulo, pero se le ha metido la manía presidencial y el pueblo mexicano no lo conoce . . . Como testigos de lo de Berrío hubo más de cuarenta personas, reunidas en el hotel principal . . . El sujeto de marras nos impidió hablar. Cuando un ingeniero sentado a mi lado, preguntó datos sobre la situación petrolera mexicana . . . el sujeto mitad polizonte, mitad agente político, expresó que estando pendiente la cuestión del petróleo colombiano, y estando esa cuestión encomendada exclusivamente al patriotismo del recién electo señor Olaya, no convenía que se fuera a dar lugar a que esas cuestiones se discutieran en presencia de un extranjero y en tono un poco energúmeno gritaba . . . que el maestro nos hable de la raza cósmica . . . Como ví que nadie se movía para echarlo del salón, me levanté y me fuí a dormir . . .

Y lo de Berrío se juntaba a lo de Cartagena. Ay Cartagena de Indias, que para mí fue Cartagena de Andian . . . la compañía petrolera local . . . Lo de Cartagena me lo he callado, pero el señor Nieto me obliga a hablar en interés de Colombia, pues me alarma que persona de su prestancia niegue la verdad de la infiltración imperialista que usa la mentira para enturbiar nuestro critero . . . Escuche don Luis Eduardo lo que él sabe, acaso mejor que yo, pero no lo sabe el pueblo de Colombia.

Lo de Cartagena es así: El Consejo Municipal me invitó a visitar la ciudad y preparó un banquete en mi honor. La Legislatura de la provincia, siguiendo el ejemplo de la Legislatura de Barranquilla, votó dos mil dólares para los gastos de mi recepción. Se estimó que la mitad de esta suma se emplearía en pagar dos o tres conferencias para obreros, igual que en Barranquilla. Se me estaba evitando de esta manera y por espontáneo sentimiento público el que yo cayera en la penosa necesidad de abrir taquilla. Es decir, se había comenzado a hacer conmigo lo que se hace con profesores o pensadores extranjeros cuyos honorarios asume alguna Universidad o Institución nacional . . . Es costumbre uni-

versal recompensar así en forma decorosa a quien ha dedicado años de su vida a acumular saber o experiencia, útil en cierta medida para los demás. Pero no había parado allí la hospitalidad de Cartagena sino que la Legislatura compuesta de jóvenes, incontaminados de rotarismo, dictó su acuerdo pecuniario y lo mandó fijar en las esquinas, dictó también una resolución haciéndose solidaria de mi campaña por el despertar de la raza y la defensa contra el imperialismo . . .

Quizás esta adhesión me perdió . . . Yo tengo mi lista mental de las personas que me ayudaron en Colombia y son tantas que he preferido trasladar mi gratitud al país entero. Ahora don Eduardo se ha encargado de recordarme algunos nombres para con quienes estoy sinceramente obligado; pero yo quisiera averiguar, y don Eduardo no me ayudó para el caso, aunque se lo referí en aquella ocasión, de dónde procedió la orden a las autoridades de Cartagena para que apresuradamente deshicieran lo hecho, como se verá en seguida. Pueden estar tranquilos sin embargo, los rotarios; yo sé tener calma y no desespero de que la verdad en detalle se abrirá paso. Por ahora seguid escuchando lo que se supo de hecho, lo que se vió a plena luz . . .

Sucedió que después de tan brillantes preparativos, cuando llegué a la estación de Cartagena, no aparecían los Comisionados para recibirme . . . Entre los tres o cuatrocientos escolares que generosamente me aguardaron, hubo alguien que me indicara el nombre de un Hotel y para allá me fuí con mi único acompañante, mi generoso amigo Luis Enrique Osorio.

En el Hotel empezaron las explicaciones, todas ellas desautorizadas, pero verídicas. Se me mostró el ejemplar del *Diario de la Costa*. Me saludaban, me declaraban su colaborador, sin duda porque durante años sin mi autorización y sin pagarme habían estado reproduciendo mis colaboraciones de *El Tiempo* de Bogotá . . . , pero me advertían que estarían en contra mía si yo tenía el mal gusto de ir a atacar a los norteamericanos en instantes en que se inauguraba la política sabia del acercamiento, etc., etc. Yo no llevaba la menor intención de atacar así en masa a los Estados Unidos, país que conozco mejor que los que sólo lo han visto desde el mundo cerrado de la diplomacia. No era mi propósito atacar a los Estados Unidos ni me preocupaba la política local del instante, ni le tenía la menor antipatía . . . pero pongo al más sereno en mi caso y estoy seguro, enfrente a tales provocaciones gratuitas y serviles, contestaría lo que contesté . . . por escrito al *Diario* en cuestión, por medio de su reportero . . .

Algunos diputados firmantes del decreto nos visitaron, algunos caballeros independientes nos hicieron un instante compañía; antes de dos horas habíamos averiguado el cambio súbito del panorama. El decreto legislativo estaba siendo retirado de las esquinas . . . y cuando al día siguiente se preguntó al Gobernador sobre la suerte del decreto pendiente de ratificación, el señor Gobernador declaró que éste estaba aprobado, pero que no mencionaba mi nombre sino sólo votaba una partida para agasajar huéspedes distinguidos y mi persona . . . afirmó el señor Gobernador . . . ¿No es distinguida?, le interrogaron . . . No es diplomático . . . repuso.

En prueba de alteración de un texto de ley en mi perjuicio tengo el testimonio de una ciudad y los mensajes del corresponsal del *Tiempo*, que se mostró muy franco y sincero en el caso... Véase el *Tiempo* de fines de abril del año mil novecientos treinta...

Nunca olvidaré el afecto leal de aquel joven profesionista de Cartagena, mi acompañante de la primera noche que pasé en el puerto. Desde el día siguiente me acompañó además de Luis Enrique Osorio, el rebelde venezolano Aristeguieta de la más pura nobleza de Hispanoamérica. No olvidaré jamás mi paseo férico, por la ciudad, para mí desierta . . . arrepentida de verme, pero todavía opulenta en su vieja arquitectura, noble en sus plazas, singularmente atractiva en sus interiores iluminados y abiertos al calor del trópico. Mi buen acompañante no advertía el deleite con que yo evocaba la grandeza española de aquella plaza fuerte y pensaba en su retorno a la grandeza a pesar de las gentecillas menudas del momento . . . Mi joven amigo detenía de pronto la marcha, para exclamar . . . esto es horrible, esto es una vergüenza . . . a dónde vamos a ir a parar . . . ¿Sería orden de Bogotá? ¿Sería la Añdian? ¿Sería el Ministro de México? . . . y bajando la cabeza, levantaba las manos en actitud de catástrofe . . . Vamos, le dije, llévame a beber agua de coco en alguna venta de negros . . . porque lo que es por aquí, en los cafés bien, van a ofrecernos soda embotellada en la Nueva Jersey . . .

Arriba las estrellas se reían en un cielo profundo.

Pero no me fuí de la ciudad heroica, antiguo baluarte donde se estrellaba el poderío anglosajón, no me fuí sin hablar. En el local de un Colegio galantemente ofrecido desahogué mis iras del momento. Hice ver al público que rebosaba en las salas . . . lo serio de la penetración puesto que lograba destruir, falsificar un acuerdo de la soberana legislatura de Cartagena. Aplaudía el público indignado, dándose apenas cuenta de una situación contraria al temperamento colombiano y, de pronto, en un silencio se oyó un grito: Viva Calles . . . Era un gordo cualquiera . . . empleado de la Andian, gritó el público, y sin ceremonia lo echaron fuera. Probablemente rotario de Cartagena, pienso yo ahora. El incidente dió a muchos la clave . . . pero fue más grande el enojo, la indignación pública que el enojo y la indignación mías. Y amé a Cartagena esa noche.

Ya ve Ud. entonces, mi querido Luis Eduardo, porque como Ud. lo reconoce, yo demuestro cariño a Colombia . . .

Sólo que esta Colombia que yo quiero y con la que estoy en deuda no es precisamente la Colombia Rotaria que usted nos descubre. Me quitaron en Cartagena dos mil dólares, pero no me quitaron los corazones cartageneses . . . Acuérdense de esto los panamericanos, en los días que vienen . . .

El párrafo más desafortunado del escrito de don Luis Eduardo es aquél en que dice: "Da la coincidencia desconcertante de que fueron rotarios quienes mejor le ayudaron en su propaganda. La invitación a Colombia se la hizo Eduardo Santos, Director de *El Tiempo* y rotario desde su fundación. Y entre los amigos de todos los instantes, oyentes de sus conferencias, estuvimos entre otros rotarios, el maestro Sanín Cano, Luis E. López de Mesa, Pablo de la Cruz y el autor de estas líneas . . ." Será muy rotario, pero no me parece nada bogotano, eso de citar en apoyo de una tesis los favores otorgados al contrincante. No quiero que el recuerdo gratísimo de la comida que don Luis Eduardo Nieto Caballero me ofreció en su hogar, se empañe con la sugerencia de que iba a vedarme, esa bondad, mi libertad de criterio en cualquier asunto . . . No insisto . . . Por fortuna a Sanín Cano lo conozco y lo admiro de todo corazón sea o no sea rotario . . . Hombres como él y como Eduardo Santos, López de Mesa, de la Cruz, y el propio Luis Eduardo, están por encima de los membretes que las circunstancias les pongan. Lo que no resulta digno de ningún Caballero, mucho menos de don Luis Eduardo, es el argumento de que por tener amigos rotarios, no se deba censurar el rotarismo . . .

Es cierto que don Eduardo Santos, no sólo me invitó a ir a Colombia, sino que me hospedó en Bogotá y me obsequió un pase en los servicios de aviación de la Scadta, el cual utilicé de Barranquilla a Girardot. Pero aparte de estos servicios personales, yo le agradezco a Santos sus campañas antiimperialistas en *El Tiempo* de Bogotá y

El poema perdido

—Envío del autor—

¿No te habremos de gustar?
Por ambición sin medida
el poema de la vida
concluye sin terminar.

Porque sólo un poema existe:
escanciarnos de la vida,
la fruta está ya exprimida,
primavera ya no viste
¿Quién habla de eternidad?

¿Qué ha sido pues del sentido
de la tan dicha existencia?
¡Cuando todo ya se ha ido,
pretendemos empezar!

Si vivir ya no sabemos,
si la vida es vanidad,
si dicen de Ti: Clemencia,
¡por qué mi poema, existencia,
no me has dejado empezar?

Max Jiménez

Octubre, 1931.

siempre he entendido que su simpatía hacia mí se fundaba precisamente en una similitud de miras por lo que hace a los problemas del continente. Y me siento tranquilo de la amistad de mis amigos, porque sé que yo no he cambiado en lo fundamental mi programa, desde que tuve la gran satisfacción de empezar a ser conocido en Colombia. Y sucede que Santos, generoso como siempre, apenas llegó a París, recientemente, nos hizo el honor de visitarnos en *La Antorcha*, esta pobre *Antorcha*, editada en un tabanco de un barrio parisiense, llena de erratas y en un papel que ni de borrador sirve a los opulentos caballeros estadistas, prestantes, y estadistas del rotarismo . . . Santos, siempre exquisito, no nos dijo nada del artículo sobre los rotarios; se limitó a demostrarnos una vez más, la abundancia de simpatía que tiene en su corazón. Yo interpreto que, en el caso, obró como buen bogotano y caballero perfecto, así pueda no haberle gustado mi apreciación sobre los rotarios.

Ya indicaba yo antes, algunos de los motivos de mi cariño a Colombia y puesto que don Luis Eduardo ha citado nombres, me permitirá que yo también recuerde otros. Recuerdo, por ejemplo, a Eliseo Arango, sin cuya ayuda de un Teatro gratuito, no me hubiera librado de la explotación de personas relacionadas con el cinema yanqui, otro de mis blancos favoritos . . . Y recuerdo también a un caballero que se llama Beningno Acosta Polo, diputado que obtuvo para mí la ayuda pecuniaria de mil dólares votada por la Legislatura de Barranquilla, la más eficaz ayuda de todas cuantas haya yo recibido para esta empresa de *La Antorcha* y para otras empresas de mi vida, pues estoy acostumbrado a dar más que a recibir. En el caso de Colombia, fuí a pedir apoyo, lo mismo que el derrotado y el prófugo va a la tribu hermana a pedir con derecho, ayuda para continuar la lucha, no soldada para callar la lengua. Eso lo entendió Acosta Polo y me prestó su ayuda sin decirme de qué partido era; ni de qué partido serían sus colegas los diputados de Barranquilla. Sé que son colombianos y que me dieron dinero para que lo empleara como lo he hecho: en una obra de desenmascaramiento continental. No sé si entre esos diputados habrá algún rotario, pero no ha tenido ninguno de ellos la ocurrencia de escribirme diciendo que lo es. Al contrario, el caballeroso Acosta Polo se me ha eclipsado. Le he dirigido postales y no me las contesta. Lejos de ofenderme yo por esto, he comprendido que Acosta Polo es de los que no dicen a la mano derecha lo que hace la izquierda.

Casos así, de ayuda sin reservas, los tuve numerosos en esa mi Colombia sin rotarios . . . Los grupos de jóvenes que en Medellín y en la magnífica Bogotá y en el Cauca, me arreglaron conferencias, me organizaron agasajos, no me dejaron más compromiso que el de trabajar por la patria española continental. Ni los nombres supe de algunos, pero sus rostros llenos de promesa me acompañarán mientras viva y es por ellos, por quienes sigo fiel a nuestra pobre América que paga a los que se venden y castiga a los que la honran. De todas maneras yo siento que envilecería, empequeñecería mi afecto a Colombia si fuese a fundarlo en motivos de personal gratitud.

Los ***estadistas, prestantes intelectuales, dirigentes del rotarismo*** pueden seguir en su tarea de ciegos, pero yo les aseguro que por debajo de sus plantas calzadas en Boston, hay otra Colombia que ignoran. Esa Colombia va a seguir muy distintos caminos, de los caminos que marca el himno desabrido y según don Luis Eduardo, ridículo, el himno de los Rotarios.

Andaba yo por el Cauca, haciendo la legua del conferenciante, cuando leí un sesudo artículo, nada menos que de *El Espectador* de Bogotá. Pedía el editorialista que la Universidad Nacional reuniese un fondo para que invitase al distinguido escritor norteamericano Waldo Frank—persona grata a los banqueros y a Mr. Morrow de México—a dar unas conferencias en el aula oficial de Bogotá. Y yo pensé, ¿por qué no reunen antes lo necesario para que prepare y dicte un serie de conferencias Sanín Cano cuyo mensaje conocido apenas por los diarios, interesa capitalmente a la juventud de América? Al fin Waldo Frank tiene detrás una nación poderosa y amigos ricos que pueden financiarlo, pero los nuestros, ¿qué otro recurso les queda si con ellos son indiferentes nuestras Universidades? ¿Es acaso justo que Sanín Cano, maestro, y muy digno, de la Juventud de Colombia, tenga que ganar el pan de sus ilustres sesenta años, con trabajos de periodismo que agobian la mejor inteligencia? Pero eran aquellos los tristes días en que Sanín Cano tomaba el camino del exilio. A pesar de eso y tal vez por eso mismo pensé yo también . . . raro que no hubieran sugerido algo semejante en favor mío, me hubieran evitado los líos del empresario . . . Por fortuna, no me iba mal en mi abandono; el público colombiano suplió a todo, llenó, pagó los teatros . . . Y no faltaron Consejos Beneméritos, como el de Cali, ni Universidades que, como la de Popayán, me acordaron recepciones oficiales, me ayudaron, a pesar de los sucesos de Cartagena, y a pesar de los intentos desleales de ciertos órganos yanquizantes, para enredarme en la política partidarista. Por último, en Pasto, el venerable Gobernador de entonces, se puso a la cabeza de las comisiones que iban a dar la bienvenida a un hijo de la patria española continental . . . Yo por allí recordaba a mis buenos muchachos, los estudiantes de Bogotá, pero me reía de las suspicacias, de los buenos deseos de los pocos que hubieran querido asegurarme una recepción a lo Cartagena o como la de cierta prensa de Medellín. Te recibimos, pero a condición de que no vengas a romper la armonía del instante . . . En Pasto y en tantos otros sitios, en Bogotá, en Tunja, me recibieron sin condiciones, y sin distinción partidarista.

En Palmira, en Tuluá, en no sé qué otros sitios, el comité liberal me abrió los teatros, me escuchó y no se sintió alarmado ni disgustado por lo que dije, a pesar de que lo que dije fue un poco más subido de tono que todo lo que he dicho o diré en *La Antorcha*. El elemento liberal colombiano ha sido patriota, liberal, ¿por qué entonces ese empeño de identificar el liberalismo con los Clubs rotarios y la desventura del Catatumbo?

Quisiera terminar pero no debo . . . fatígate, lector que no hay nada perdido en estas discusiones . . . He revisado toda la revista rotaria, se dice que los rotarios están ahora alerta a todas las cuestiones de interés público . . . y pregunto: ¿qué han hecho los rotarios de Bogotá ante el triste suceso de la concesión de fuerza eléctrica, creada por colombianos, explotada por colombianos y que, según entiendo, recientemente pasó a manos del Pulpo continental, la *Electric Bond and Share* de Nueva York . . . O se es mero agente de comercio y entoncs nadie se mete con uno o se actúa en la comunidad y entonces hay que afrontar enteras las responsabilidades . . . Y aquí va otra pregunta . . . ¿los agentes de la *Electric Bond and Share* . . . los agentes de la *Andian* que me expulsó de Cartagena son también hermanos rotarios?

José Vasconcelos

Bernard Shaw y Rusia

Conferencia de Bernard Shaw en el curso de verano del Partido Laborista Independiente, Inglaterra

= De *Nosotros*. Madrid. =



Bernard Shaw

Cuando me comprometí a hablaros una de estas mañanas no sabía realmente de lo que iba a escoger. Más tarde se me presentó una oportunidad: mi viaje a Rusia.

Yo creo que todo el que pueda hacerlo debe ir a Rusia. Esto no quiere decir que mucha gente podrá hacerlo, porque la empresa no es precisamente barata. Pero yo he estado predicando socialismo toda mi vida política, y *por fin, encuentro un país que ha establecido el socialismo, haciendo de él la base de su sistema político, destruyendo definitivamente la propiedad privada, y que ha vuelto la espalda al Capitalismo.* Un país que ha logrado hacerse una industria y ha conseguido una constitución política. Por esto es un deber de toda esa gente que predica el socialismo en los países capitalistas el ir a Rusia a ver cómo lo están haciendo. Rusia está llena de sorpresas, y ahora, al haceros una sucinta descripción de lo que es, lo hago sabiendo que si los líderes soviéticos estuvieran aquí presentes me mirarían como a la mayor paradoja, por no decir al mayor embustero que ha existido.

Socialismo fabiano.—Por ejemplo, lo primero que descubrí, con gran satisfacción mía, es el socialismo fabiano. (*Risas*). Sí, vosotros os reís; pero yo lo digo completamente en serio. Es más: Stalin y Trotsky también se reirían, porque consideran a un fabiano como a un ser inofensivo, que no es revolucionario. Pero los fabianos, según he visto, llevan toda la razón, y el sistema que se ha establecido allí es un sistema fabiano. Yo no se lo dije a ellos, desde luego. Esta es una de las cosas que yo he observado.

Otra cosa que yo le dije a Stalin, y que le hizo muchísima gracia, es que su sistema es definidamente religioso. Rusia es un país religioso. Ellos no creyeron que hablaba en serio cuando dije que la Tercera Internacional es una Iglesia, clara e inconfundiblemente; pero ésta es la verdad. Y yo digo que es socialismo fabiano. Esta es la exacta verdad.

Condiciones ideales.—Hay muchas cosas que decir; pero aquí sólo he de hablar de ciertos aspectos, a modo de ilustración. Es asombroso con qué velocidad han cambiado las cosas. El hecho de que los rusos están triunfando en su empresa no es un mérito tan enorme para ello como nos parece a nosotros. No es que yo les quite el mérito; pero hay que tener en cuenta que están trabajando en condiciones ideales. Estan trabajando con máquinas cuyos ejes están engrasados, mientras que nosotros estamos trabajando con máquinas con los ejes llenos de arena, y el roce es enorme. Ese roce no existe en Rusia. Aquí tenemos propietarios privados y un proletariado que vive vendiendo su trabajo. El principio de todo esto es que el negocio del capitalista consiste en sacar todo lo que puede del proletariado, y en dar, en cambio, lo menos posible al público; y el principio del proletariado consiste en sacar todo lo posible y en dar lo menos posible.

Recuerdo que cuando visité una gran fábrica eléctrica en Moscú, me estuve fijando en todo lo que yo quería ver: en cosas que a ellos no se les ocurrió enseñarme. (He de decir, a propósito de esto, que eso que dice la gente de que uno sólo ve lo que le quieren enseñar, es una majadería). Yo no quiero ir a Rusia a ver los restos de pobreza e ignorancia del sistema capitalista. Eso lo puedo ver a veinte minutos de mi puerta de Londres. Lo que yo quiero ver es lo mejor que se puede realizar. Cuando estuve en esta fábrica, me presentaron a un joven con aire de virtud consciente. Llevaba prendida en la chaqueta la insignia de no sé qué Orden, y él era quien había acelerado la marcha de la fábrica para llevar a cabo el plan quinquenal. Había trabajado más que sus camaradas, y yo le dije: "Muchacho: si usted estuviera en Inglaterra y trabajara con doble rapidez que sus compañeros, no sería usted, ni mucho menos, popular; le llamarían a usted un *slogger* (por lo menos, ésta es la palabra que se empleaba antes; no sé ahora), y correría usted el peligro de que le tiraran un ladrillo a la cabeza al pasar por una calle oscura. Si sigue usted así, amigo mío, quédese en Rusia". En Rusia el muchacho es, desde luego, muy popular.

Mister Shaw siguió recordando a sus oyentes que, a pesar de los malos tiempos por los cuales estamos pasando, las clases propietarias de Inglaterra ganan ahora más que nunca.

Hablando del plan quiquenal, en general dijo: "Es evidente que nosotros también necesitamos aquí un plan quinquenal y que Norteamérica lo necesita igualmente.

¿Pero por qué no lo podemos hacer? En Rusia lo han hecho con gran facilidad. "Hay que meter el hombro", han dicho. "Comed algo menos, no penséis en lujos y trabajad todo lo que podáis durante los próximos cinco años". Pero decidles eso a los obreros ingleses. Decidles: "Haced un gran esfuerzo durante estos cinco años". Ellos contestarían: "¿Que pasemos apuros durante cinco años para que los vagos y los ricos sean más vagos y más ricos que nunca? Nuestra obligación, como obreros, es sacar el mayor jornal posible para trabajar lo menos que podamos".

En Rusia la cosa es muy sencilla. Los obreros saben que lo que se saque del plan quinquenal será para ellos.

Diez en una habitación.—Hay cosas en Rusia que sorprenderían a algunos de vosotros. Os parecerían demasiado fabianas. A los rusos no les importa mucho, como nos ocurre a nosotros, estar solos, privadamente; para comprender cómo viven los rusos hay que comprender primero esto. Nunca viven menos de cinco en una habitación, y no les importa que sean diez, siempre que haya bastantes camas. Esto puede parecernos un poco incómodo. Yo, personalmente, no puedo dormir si en mi cuarto hay más personas; pero ellos no pueden dormir a menos que en su cuarto no haya mucha gente.

Un día fuí al Banco de Estado de Moscú. Fuí a ver las joyas de la Corona y, de paso, a cobrar una carta de crédito; de modo que primero pregunté por la carta de crédito.

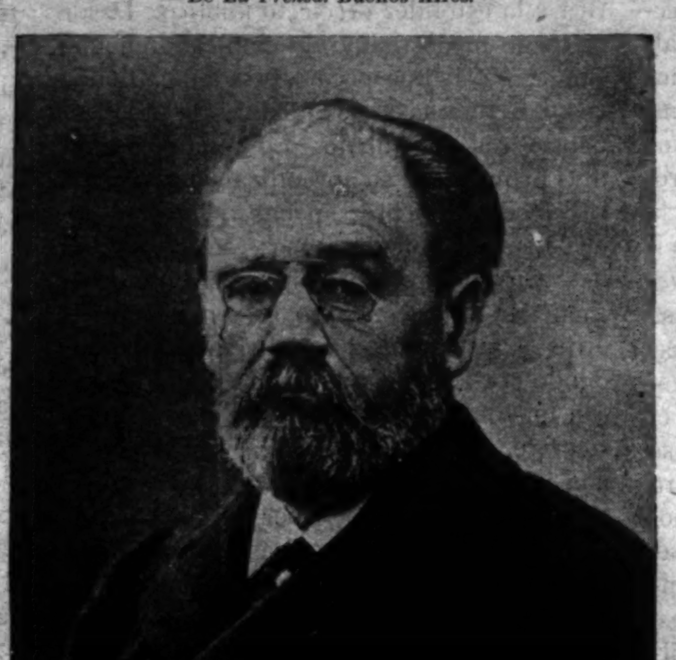
—Oh, no se preocupe por cartas de crédito. Haga usted un cheque por lo que quiera—me dijeron.

Entonces pregunté qué intereses pagaban. El ochenta por ciento, me contestaron. Yo les dije que en ese caso pondría allí todo mi dinero. A lo que me contestaron que haría muy bien; pero que no podría sacar un céntimo de Rusia. Pero, en fin,

(Pasa a la página 205.)

La imagen de Zola

=De *La Prensa*. Buenos Aires.=



Emilio Zola

Un escritor se ha formado leyendo a los autores naturalistas; en 1887 era un adolescente; leía con avidez cuantos libros caían en sus manos; la literatura francesa le atraía; le gustaba sobremanera la viva palpitación de vida que en esas obras hallaba. Las impresiones que se reciben en la primera edad son las que perduran y dan el tono a toda la vida: los libros franceses que leía este mozo, al asomarse por primera vez al arte, son los que han dejado una huella profunda en su sensibilidad. Le gustaban también los clásicos españoles; tenía que leerlos con objeto, entre otras cosas, de procurarse un herramental con que trabajar. Si un carpintero no conoce el manejo de la sierra, de la gubia, del formón, del escoplo, de los demás instrumentos del trabajo en la madera; si no los conoce y además no los tiene, ¿cómo querremos que pueda ser carpintero? Si un escritor no posee vocabulario bastante y no sabe cómo ha de ensamblarlo y matizarlo ¿de qué modo pretenderemos que escriba obras? El conocimiento de los clásicos es necesario, imprescindible; con su lectura aprendemos a dominar el idioma. Pero los clásicos tienen un peligro; y es que pueden hacer que, para siempre, irremisiblemente, perdamos la libertad que nos es necesaria para la creación de un estilo. ¡Cuántos absurdos corren acerca del estilo! Siempre que leemos algo acerca de lo que es el estilo, no podemos menos de sonreír; sonreír como sonreiría un carpintero al escuchar conceptos falsos referentes a la construcción de una puerta o de una silla. Generalmente, un estilo hermoso es un estilo en que se usa una copia de vocablos y en que el giro es elegante; cuantos más vocablos se pongan en circulación, y cuanto más primoroso sea el giro de las frases, tanto más bello será el estilo. Respetamos este concepto de la prosa; pero no participamos de él. Para nosotros, el estilo estriba sencillamente, exactamente, precisamente, en las transiciones; por elegante y rico de léxico que un estilo sea, si las transiciones son las conocidas, ese estilo no tendrá originalidad. Y las transiciones son, naturalmente también, el movimiento que un estilo debe tener. Estilo sin movimiento, estilo muerto; estilo con movimiento, aunque sea pobre de vocablos e incorrecto en su sintaxis, estilo vivo. De la transición depende todo: la vida y la muerte. Pero ¡qué dicífil es dar un salto que nadie ha dado, cuando vamos a pasar de un concepto a otro, de un matiz a otro, de una variante a otra! Nos causa pánico sólo el pensarlo; sentimos terror al imaginar que podemos dejar un claro que antes no se dejaba entre un concepto y otro, entre una variante y otra, entre un matiz y otro. Y cerrando los ojos ante el abismo que veíamos, alejándonos precipitadamente de la solución de continuidad que se presentaba ante nosotros, seguimos sumisos la tradición; renunciamos al salto mortal; procuramos marchar por la vía conocida; ponemos nuestro afán en que la copia de las palabras sea mucha y en que el giro de los pensamientos sea elegantísimo. Y de esta manera nos desquitamos del pánico que durante un momento habíamos sentido. Y así se va perpetuando en la literatura el eterno, tenacísimo prejuicio respecto del estilo.

Los clásicos son necesarios; pero para que con la materia que nos den hagamos nosotros lo que nos plazca; pero para que la abundancia de palabras que en ellos recojamos, la reduzcamos nosotros a un vocabulario esencial y prístino; pero para que ante las transiciones que ellos nos muestren, arrojarnos nosotros a otras que ellos no habían imaginado y ante las cuales retrocederían. El joven que hemos imaginado leía los clásicos y entraba luego lleno de satisfacción, de vivo placer, en la lectura de los libros franceses, libros de cubierta amarilla, libros que desprendían un fuerte olor a tinta de imprenta. ¡Qué emoción sentía con estos volúmenes editados por Charpentier, el editor de París, el editor de Emilio Zola! Y ya hemos nombrado al maestro; los volúmenes de Zola, y los de Flaubert, y los de Daudet, y los de Julio y Edmundo de Goncourt, todos editados por Charpentier, han sido el pasto espiritual de este adolescente. No se ha hecho todavía de un modo imparcial la historia literaria de este período del naturalismo; cuando se haga, se verá que son tan espléndidos estos años como los más brillantes del período romántico o de la gran época del siglo XVII. Gustavo Flaubert es anterior al naturalismo; al comenzar Zola, ya el maestro ha dado a las prensas lo mejor de su obra. Pero Flaubert es inseparable del movimiento naturalista. No podemos pensar en esta época, sin que surja ante nosotros la figura de la Bovary, o la de Federico Moreau, el de *La educación sentimental*, que es, a nuestro juicio, la mejor obra del maestro. Y después de reposar el pensamiento en estas imágenes dilectas, imborrables, pasamos a delectarnos con las otras que Emilio Zola ha puesto en nuestra sensibilidad para siempre. ¿Cómo olvidarnos de los paisajes de llanura de los inmensos trigales que figuran en *La tierra?* Si hemos pasado años de infancia y de adolescencia en-

Un libro sobre Emilio Zola

=De *La Prensa*. Buenos Aires.=

La devoción filial ha guiado amorosamente a la señora Denise Le Blond-Zola, a través de la documentación copiosa y dispersa relacionada con la vida y la obra de su ilustre padre. Un libro es su fruto denso (Emile Zola raconté par sa fille. *Fasquelle, Paris, 1931); un estudio claro y completo, de estilo sobrio y trasparente, sin efusiones ditirámbicas ni recriminaciones tardías a los detractores del hombre y del escritor.*

El lector prevenido abrirá, tal vez, el volumen, con una curiosidad maliciosa. Mme. Le Blond-Zola y su hermano Jacques no son hijos de la esposa del novelista, la compañera fiel y abnegada que compartió las épocas de miseria y de oscura lucha, así como los años de bienestar y de renombre, y que sobrevivió largamente a la víctima del accidente en que ella misma estuvo a punto de perder la vida. En 1888, Emilio Zola tenía 48 años, era célebre y rico, trabajaba sin descanso en su despacho de Medan y comenzaba a preocuparse de su obesidad creciente. El amor juvenil de Juana Rozerot dió entonces, por una temporada, a su vida regular de trabajador metódico, la voluptuosidad del ocio y del ensueño. La severa disciplina del escritor pasó al servicio de un régimen para adelgazar. Feliz, rejuvenecido en los umbrales de su medio siglo, el poeta de Nipón conoció la ebriedad de la primavera que, a su hora, apenas le había sonreído. Dos hijos, Denise y Jacques, nacieron de aquel arrobamiento.

Nada que pueda satisfacer, a ese respecto, la suspicacia se hallará en este volumen. La autora no elude los episodios escabrosos, pero los relata con una objetividad tan serena y un acento tan natural en su comprensiva delicadeza, que los desnuda de todo misterio y drama-

(Pasa a la página 207.)

tre labriegos, ¿de qué modo habremos de olvidar las páginas de la novela de Zola? Habrá acaso exageración en algunos aspectos de esta pintura; pero la pintura es realmente soberbia. Quien haya tratado a los laboradores de la tierra, quien haya contemplado el espectáculo de sus afanes y de sus pasiones, habrá de reconocer la verdad profunda de esta visión del maestro. Y de la llanura, de estas extensas tierras de sembradío, pasamos a las estaciones. De *La tierra* a *La bestia humana*. Nada que marque más el contraste de las actividades humanas, del trabajo del hombre, que un legón y una linternita roja. El legón sube por el aire y se abate a la tierra y en su seno se clava; la linternita camina en la foscura de la noche a ras del suelo. El legón conoce las labores del campo; sabe de las hierbas y barrunta los cambios del tiempo; la linternita lo que sabe es de las locomotoras, de los rieles brillantes, de los faros que fulgen en lo alto, de los discos blancos o rojos, de los agudos silbidos de las máquinas y del paso vertiginoso de los trenes. El autor de estas líneas, lector en su adolescencia de Emilio Zola, apasionado de la novela del maestro en que se pinta la vida de los ferroviarios, ha vivido, por gusto, durante una temporada en una estación. El tráfago de los trenes, el ir y venir de los rapidísimos expresos, las faenas todas de los obreros que en las estaciones y grandes depósitos se ocupan, le han encantado. Entre todas las fases del trabajo, acaso ésta, con la del campo, sea la más interesante. El campo, que es la inmovilidad, y las estaciones, que son la actividad máxima. El labriego, que es la tradición, y el ferroviario, que está abierto a todos los vientos de la vida moderna. El campo, que representa el prejuicio—recordad las pretensas influencias de los astros, —y las estaciones, que simbolizan lo movible, lo inestable, la innovación con que se quiere ganar tiempo, ganar un minuto, ganar un segundo. En el adolescente que hemos imaginado, estas dos novelas de Zola han hecho una impresión honda. No desdeñemos al maestro; es moda ahora sentir desdén hacia las obras del naturalismo; al maestro se le tiene alejado de la admiración de los doctos. Y sin embargo, pocos escritores del día, pocos de estos escritores que al presente aupamos tanto en nuestra estima, tendrán la fuerza, la profundidad, la ternura, la pasión, el ímpetu, la humanidad, en suma, que tiene Emilio Zola. Se acaba de publicar ahora un libro en que se relata su vida y se hace el recuento de su obra. Al leerlo hemos sentido viva emoción. Ha escrito este volumen una hija del maestro; en el libro ha puesto porción de pormenores y de datos que hacen la lectura interesante por todo extremo. Las páginas dedicadas a los comienzos del maestro, nos cautivan entre todas. Zola fue un luchador formidable; tenía un magnánimo corazón; defendió siempre las nobles causas. Padeció en los comienzos de su carrera privaciones durísimas: toda su vida tuvo el pensamiento puesto en los artistas que luchan, como él luchó, contra el prejuicio de la crítica y la estolidez de cierto público. Desde el cargo modestísimo de empleado en una librería, Zola fue poco a poco ascendiendo en su carrera hasta conquistarse la independencia con su trabajo. Le vemos en esos días primeros de su aprendizaje en un cuartito modesto, pobre; apenas tiene para comer; trabaja sin descanso; escribe todo el día. Cuando nos representamos con la imaginación al maestro, no le vemos como a otros escritores, de pie, en el campo, o andando por la calle, o sentado en una butaca con un libro en la mano. A Zola lo vemos siempre, indefectiblemente, encorvado ante una mesa, con un mazo de cuartillas delante, con una pluma que corre por el blanco papel, con otras muchas cuartillas que ya están llenas de renglones y que una mano febril ha ido poniendo a un lado.

Y siempre también esta visión del maestro, para los que trabajamos y hemos de trabajar sin descanso, es un consuelo. A veces nos sobrecoge el desaliento; en ocasiones paraliza nuestra labor la duda; momentos hay en que estamos a punto de renunciar a seguir escribiendo; instantes se ofrecen en que la visión del porvenir que nos espera nos hace suspirar y lanzar tal vez un callado sollozo. Entonces, en lo más desalentador de la pausa, en lo más desesperante de la tregua; cuando hemos dejado la pluma o está la maquinita de escribir parada, ponemos el pensamiento en el maestro; le vemos inclinado ante su mesa; vemos el rimero de carillas que lleva ya escritas; consideramos que mañana, a la misma hora, tendrá escritas otras tantas. Y lentamente, al principio, con ardor luego, continuamos nuestra tarea.

Azorín

Madrid, 1931.

Estampas

— *Colaboración directa* —

Calhoun el marino: ¡Alto ahí!

No sabemos si los corresponsales que los periódicos norteamericanos sitúan en estos países, los reclutan como al marino, con cartelones en los parajes públicos por donde pasea el vulgacho. Hacen tánto daño a la libertad los corresponsales como los marinos y se piensa que son por igual gente de alma miserable.

En la correspondencia que envía desde Panamá, C. H. Calhoun, a *The New York Times* hay mucha mentira, mucha mala intención calculada para despertar el apoyo que toda conciencia honrada le niega a la Compañía rapaz venida a Costa Rica al olor de una merienda tropical. Para presentar a la *Simons Construction Corporation* hecha una víctima de nuestro pueblo, dice Calhoun toda suerte de falsedades. Y las dice de oídas, por lo que le llevan "informes privados" salidos de Costa Rica. ¿Quién es Calhoun y quiénes son sus informantes? Debe ser una unidad del imperialismo tan dañina y repugnante como la que en Nicaragua armada de rifle asesina al nativo. Y ellos, los que recogen la mentira que él adoba para la prensa yanqui, deben ser los agentes del mismo imperialismo, vueltos ojos y oídos en la busca de pretextos que pudran nuestra libertad. Le han soplado al inescrupuloso corresponsal que "contra los intereses norteamericanos está desatado el ataque más amargo y persistente y hay pruebas de que tal ataque puede ser fomentado por intereses británicos y alemanes". Y Calhoun lo estampa así para que llegue a decir al Gobierno de los Estados Unidos que Costa Rica le arrancó a la Simmons los inmensos intereses que devoraba, por estar azuzada por fuerzas contrarias a la expansión del capital yanqui. No tiene otro propósito la correspondencia de ese marino de la armada periodística norteamericana. Vendrá así la cólera del Departamento de Estado y pueda que la intervención diplomática de que ahora no puede la Simmons echar mano, y de la que tanto se duele Calhoun, le llegue a la Compañía rapaz.

Pero si la voz del marino de la flota del papel impreso ha sonado para mover la atención de un Gobierno movido por fuerzas imperialistas tremendas, también deben hacerse oír voces de veracidad y de justicia. Calhoun el marino no puede ignorar hechos que niegan a la Compañía por la cual habla la condición de víctima. Nuestro Gobierno tuvo que separar a la Simmons, que ahora según parece tiene domicilio fijo en Charlotte, N. C., de la administración y dirección de un negocio tan importante como el de carreteras, porque esa Compañía sangraba con infamia al país. Si Calhoun quiere de verdad honrar su corresponsalía, infórmese mejor, deje de ser el marino que desbarata la dignidad de estos pueblos. No es, como él lo asegura por los informes que le llevan los que pretenden desatar la infamia del Departamento de Estado, que la Simmons estuviera cumpliendo. No es tampoco que nuestro Gobierno pretextara, para romper el contrato, que los trabajos iban lentos y la estación lluviosa se acercaba. Los motivos son otros. Haga Calhoun que le lleven el documento de nuestro Gobierno redactado cuando arrancó a esa sanguijuela de la Simmons. Son motivos grandes, fuertes para un hombre de probidad los que allí se invocan. La Simmons entretenía la construcción de carreteras para darle filtraderos al dinero que la Nación con grandes sacrificios, destinaba a esos menesteres de fomento. Llegaba a un país desorientado en asuntos de caminos.

Comprendió al momento lo fácil que sería para sus agentes realizar todas las ganancias imaginables. Con su aparato de organización multiplicaría los gastos en su exclusivo lucro. El documento que debe leer Calhoun para ser veraz y justiciero en el puesto de informador que le tiene encomendado el diario estadounidense, le dirá que la Simmons cargaba "indebidamente sueldos en las planillas mensuales". Le dirá que ocupaba "un personal técnico incompetente en los diferentes trazados" de carreteras que realizaba. No es la Simmons la albura que Calhoun presenta ante el Departamento de Estado sacrificada por un Gobierno pequeñillo Afortunadamente se le dió ese trato, porque de haber continuado el país en manos de una Compañía sin escrúpulos, el desastre en la construcción de carreteras sería ahora aterrador. Por repudio espontáneo se eliminó a esa Compañía que nos sorprendía en tinieblas en lo referente a hechura de caminos. La técnica nuestra estaba acostumbrada a una ingeniería primitiva y torpe. De pronto la firma con nombre inglés aparece desplegando su aparato costoso y maravillante. La toleramos complacidos y nos imaginábamos que era un poder de civilización. Nadie había que adivinara en ella lo que realmente era. Por esto pudo gastar sin medida, trazar todos los caminos que distrajeran la preocupación que hace nacer la planilla crecida. No disponía Costa Rica de una oficina técnica de caminos que vigilara, que sometiera a prueba la capacidad de la Compañía emigrada del Norte. Todo era facilidad para el despilfarro y la Simmons vió cómo con poco esfuerzo la ganancia se multiplicaba.

Así fue la conducta de la Compañía que la correspondencia mentirosa quiere presentar indefensa al Departamento de Estado norteamericano. No creemos que el favor que tanto prodiga ese Departamento a los intereses yanquis situados en la América nuestra, se vuelva hosco contra nosotros. No debe olvidarse que el país condenó de un modo rotundo la falta de escrúpulos de la agencia constructora a quien había entregado un gran negocio de fomento. Las palabras del país fueron estas: "No puede dejar por un momento más tan cuantiosos intereses en manos de personas que no han revelado capacidad ninguna para manejarlos con acierto". Y si eso dijo el país y si hay un tribunal que conoce del litigio, no es natural que prendan las intrigas de los corresponsales mal informados. A Calhoun le pidieron ardor para condenar al tribunal en lo que éste signifique ejecución por petición del representante de nuestro Gobierno. Él lo hace, pero si es descrédito lo que busca, debe saber que no lo traerá. El costarricense vigilante sabe que el litigio es grande y tiene fe en los hombres que aportan su esfuerzo en favor de la nación. No tema la Simmons. No contrate pregoneros de su dolor.

Y si hemos comentado la información del corresponsal de *The New York Times* es con el anhelo de que no corran las falsedades de un individuo que escribe oyendo la voz del interés. Alguien leerá nuestras palabras y si es ojo de americano de la América nuestra el que las recoja, ellas deben hacerlo meditar. Necesitados estamos de que se medite en tanto suceso abandonado a la indiferencia colectiva. Lo que ahora ocurre a Costa Rica por su carencia de preparación, con la Compañía norteamericana, también ha de ocurrirle a cualquiera de nuestros países. Hoy es compañía yanqui, pero mañana será inglesa, o alemana, o francesa. Para dañar nuestro derecho dicen los marinos de la prensa del Norte que estamos influídos de sentimientos de odio contra los intereses de su nación. Lo mismo dirán otro día los marinos de cualquier otra flota periodística. Queremos señalar el caso de Costa Rica con la agencia fenicia, para decir que no se puede abrir el tesoro de un pueblo a la especulación. Con el tecnicismo de que hacen alarde los que tantean la ganancia cuantiosa, nos deslumbran, nos engañan, nos maniatan para gritarnos, como dice Ruskin, variando el grito clásico, la bolsa y la vida. Es cierto que a veces el conocimiento técnico es imprescindible en muchos aspectos de la vida de un pueblo, pero necesitamos saber, estar seguros de que la colaboración que nos llega es la de la ciencia y no la del conquistador desalmado. Entiendan bien aquellos que propagan en su nación sentimientos de odio nacidos en los pueblos de por acá, que tales sentimientos no provienen sino del trato indigno que se nos da. No seremos sumisos a ninguna clase de conquistas. Y si porque nos revelamos y exigimos respeto despertamos la cólera ¿qué nos esperaría si calláramos y sonriéramos al conquistador? De seguro no tendrían ocupación esos reclutados para la corresponsalía de los periódicos voluminosos. Países esclavos no necesitan vigilantes. Se les manda hecho lo de hoy y lo de siempre. Uniformada la vida de un pueblo, la penetración de la conquista es blanda y ligera. El marino norteamericano, que también lo es el del ejército periodístico, emprende en los pueblos la tarea de uniformar, Acabar con las vidas rebeldes, desatar la fuerza que avasalle y mate la libertad de un pueblo. Atentos tenemos que estar contra todos ellos. Por esto es que hemos comentado la correspondencia calculada y mentirosa del marino Calhoun. Queremos obligarlo a que sea veraz en la relación de hechos que tienen suma importancia en la vida de un pueblo pequeño. La víctima que según él es su Compañía constructora de caminos, no es más que una agencia de especulación sin freno. Nuestro Gobierno la ciñó al freno mular que ahora tasca con tanta queja, cuando la vió desatada contra los dineros que costaron sacrificio y peligros. Diga esto a su Gobierno y pídale además justicia y empeño invariable de vigilar la conducta de esas agencias que sólo ven en nuestros países el negocio fácil y podrido.

Juan del Camino

Cartago y setiembre del 31.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

Nuestro amigo don Ventura García Calderón nos honra con este envío:

Holofernes. (Drama sincopado). París. Ediciones de *Poesía.* 1931.

En la página 98 de *La agonía del Cristianismo,* por Miguel de Unamuno, hallamos.

Honorato de Balzac, en un profundo estudio de la vida de provincia, *El Cura de Tours,* donde leemos aquellas admirables líneas sobre *la città dolente* de las doncellas viejas a propósito de mademoiselle Salomón, que se hizo madre quedando virgen, Balzac, al fin de esa joya psicológica, escribió una página imperecedera sobre el celibato.

Fijémonos en las Ediciones *Anaconda,* tan selectas, tan elegantes. De ellas se cuida nuestro amigo Santiago Glusberg, que también tiene sus Librerías *Anaconda,* en Buenos Aires, Rep. Argentina (Florida 508: Casa Central).

En estos días nos ha remitido:

Benito Lynch: *Raquela.* Novela Tercera edición, nueva, completamente corregida.

Benito Lynch: *El antojo de la patrona* y *Palo verde.* Dos novelas. Nueva edición completamente corregida.

Roberto J. Payró: *Cuentos del otro barrio.*

Benito Lynch: *De los campos porteños.* Cuentos.

Un esfuerzo considerable:

Summa Artis. Historia general del Arte, por Cossio-Pijoan. Espasa-Calpe. Madrid. 1931.

Nos llega el tomo I:

Arte de los pueblos aborígenes, por José Pijoan.

Un encanto de obra: recreo y estudio a un tiempo.

De los autores:

Tristán Maroff: ("Impresora Uruguaya" Esquina Cerrito y Juncal. Montevideo, Uruguay):

Wall Street y Hambre. Nota biográfica por Enrique González Tuñón. Montevideo. 1931.

Historia novelesca de dolor y de miseria, en el país más rico del mundo, de muchos que trabajan por una humanidad mejor.

Juan Manuel Ruíz Esparza: *Caolín.* Poemas. Editorial "Cultura". México, D. F. 1931.

Con el autor: 9ª de Londres, Nº 203. México, D. F. México.

Carlos Gómez Cornejo: *Poetas bolivianos de izquierda.* La Paz, Bolivia. 1930.

Hizo la carátula Pablo Iturri Jurado (Ramón Katari).

Por la Biblioteca Nacional, Montevideo, Uruguay, no llega:

Juan Antonio Zubillaga: *Estudios y Opiniones.* Crítica. Tomo I: Derecho, Historia, Sociología. Tomo II: Obras literarias. Montevideo. 1931.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones posteriores

Poesías

—Envío del autor—

Lección sobre Maud

Bien quietas calles, nocturnas alumnas mías.
Yo que ejerzo mi cátedra en salas de silencio,
voy desde mi pupitre de ternura
a enseñar la lección sobre Maúd.

Más silencio.
Atención.

Maúd, como su nombre lo indica
nació de una flauta.
Y es una mujercita tan igual a su nombre,
aunque bien podría llamarse alelí.

Vive en un continente que está situado allá,
hacia donde va el humo de los tabacos turcos
y el color de las pompas de jabón.
Y es tan leve Maúd que las muñecas
juegan con ella a las muñecas.

En su país se pasa entretenida
tejiendo tardes de blanda lana tibia
y pintando amanecidas agradables.

Por ahora Maúd anda en la tierra,
y la tuve tan cerca,
que me encontré riendo muy pequeño
adentro de sus ojos.

Esto es lo que yo sé, calles nocturnas.
Pueda ser que en alguna clase próxima,
les diga de memoria los besos de Maúd.

Tertulia con las estrellas

Adelante.
Adelante.
Pasen ustedes señoritas estrellas.
Si se han de estar toda la noche asomadas a mi ventana,
mejor pasen adentro,
si algo les interesa.
Pasen no más, sin miedo,
que si alguien me pregunta qué es lo que hay en mi cuarto,
yo le diré que son luciérnagas.

Perdón que las reciba en esta bata
de soledad gastada.
Es mi traje de casa.

No señoritas.
no es un trozo de luna.
Este es mi lecho,
cuya blancura rije mi madre.

Ustedes que se miran en las aguas tendidas.
no vayan a asustarse si se hayan verticales
al verse en el espejo del ropero.
Ni vayan a creer que yo fabrico estrellas
porque he encendido un fósforo.

¿También les interesa el lavatorio?
Pues bien. Es ahí donde
mañana tras mañana
dejo caer al agua
mis caras trasnochadas.

¿Ya deben irse?
Bueno. Hasta otra noche.

Pero antes que se vayan,
¿por qué no se acomodan como letras de avisos luminosos
mientras les voy dictando nombres desaparecidos?

Después,
para que arriba no les sientan la hora de llegada,
pregúntenle a mi sueño
como se entró en puntillas por mis ojos cerrados.

Amor universitario

Nuestro amor es otro estudiante
llegado a la Universidad.
En el Liceo de mis sueños
hizo sus años de escolar.

Pero qué estudiante más flojo.
No oye ninguna explicación.
Se lo pasa ideando cielos
y armonías de otro color.

En clase se lleva saltando
por las bancas
entre ella y yo.
Sale a veces por la ventana,
y nos dice:
Vengan al sol!
Claro, si no le pasan lista
como hacen con nosotros dos.

Y se encanta con distraerme
si atiendo por casualidad.

Fabrica con los ojos de ella
palomitas de papel azul.
Y me las lanza mientras habla
cosas serias el profesor.

Los compañeros lo conocen
y hacen sus bromas al pasar.
Notan un acento extranjero
en nuestra manera de hablar.

Nuestro amor universitario.
Pueda ser que no quede atrás.
Que se reciba con nosotros.
Que no se canse de estudiar.

Cuadro andando

Qué cuadro es este viejo.
Yo le pondría un marco.
Y que el tiempo lo firme con su rúbrica de horas.

En vez de ojos son negros
sus anteojos sin ojos,
y su cara una mancha de acuarela de arrugas.

Con la mano estirada bajo el cielo estirado,
pisotea las tardes junto a la Catedral.
Cualquier día no más el cielo compasivo
como una gran limosna el sol le va a tirar.

Este viejo es un cuadro.
Yo le pondría un marco,
y en el museo vivo
se sacaría siempre la medalla de honor,
hasta que afloje el clavo del carcomido muro
y el cuadro hecho pedazos
caiga en un ataúd.

Julio Barrenechea

Santiago de Chile. 1931.

Bernard Shaw y Rusia...

(Viene de la página 200)

os digo esto porque, a lo mejor, algunos de vosotros tenéis la idea de que Rusia es un país en el que el dinero no produce interés. En Rusia el dinero produce intereses que fluctúan, como en los demás países.

En cuanto a la renta, la diferencia está en que aquí, en Inglaterra, se la pagamos a un señor que, a lo mejor, se la va a jugar en Montecarlo. En Rusia, en cambio, se le paga al Soviet local, que emplea el dinero en empresas públicas de las cuales disfrutamos todos. Pero, de todos modos cada uno paga renta por su casa.

Si todas las rentas de Londres se pagaran al Municipio, no habría impuestos y, además, sobraría dinero para emplearlo en diversiones y amenidades.

Pero en Londres eso se llama bolchevismo, comunismo, lo cual es horrible y terrible . . .

Es decir, la gente de Londres es tonta, mientras que la de Moscú es gente sensata. Esto me recuerda un detalle interesante.

Sobre la estupidez.—Para los rusos es muy difícil comprender que nosotros seamos tan estúpidos como lo somos realmente. Stalin mismo me decía: "Pero no cabe duda que cualquier persona inteligente tiene que comprender . . . tal y cual cosa". Y yo le dije: "Pero es que nuestra gente no es inteligente; esa es la primera cosa con la que tiene usted que contar". Y Stalin no podía creer que hubiera gente tan poco inteligente para no comprender el sistema comunista. Pero hay que recordar esto. Un hombre de Estado inglés se cree, moral e intelectualmente, superior, y superior en educación que un hombre de Estado ruso. En eso se equivoca. Moralmente, es muy inferior. En cuanto a intelectualmente . . ., bueno, ya se sabe lo que se aprende en Eton y Oxford. En Rusia no están sólo en la posición moral enormemente superior del comunismo, sino que son superiores también intelectualmente. Empiezan por leer a Marx, lo cual sólo tiene un peligro, que produce a veces una pedantería. Porque cuando se ha leído a Marx, se saben tantas cosas más, que fácilmente llega uno a creer que lo sabe todo, por lo cual desprecia uno a la gente con quien trata.

Yo le dije a Litvinoff: "¿Se acuerda usted de sus relaciones con lord Curzon?". (Lord Curzon había dicho: "Yo no puedo tratar con esa persona; es un ordinario. No puedo discutir política con un hombre de su clase. Igualmente podía pedírseme que discutiera el Gobierno de mi país con mi criado"). Aquella pedantería social fue verdaderamente desastrosa para aquel momento. Pero lo que la gente no sabe es que la pedantería social con que lord Curzon trató a Litvinoff no era comparada con la pedantería intelectual con que Litvinoff miraba a lord Curzon. Ellos miran como a imbéciles, y nosotros ni siquiera somos capaces de darnos cuenta de que somos imbéciles.

Su sistema es fuerte a toda prueba. Nadie, ni el más obstinado conservador, podría ir a ver lo que están haciendo y desear que el plan quinquenal fallara. El éxito del plan quinquenal es la única esperanza del mundo. Nuestro plan nos lleva rápidamente al abismo y ellos lo saben perfectamente bien. Pero otros, claro es, aunque no comprenden que somos tontos, sienten que los tontos pueden ser peligrosos. Saben muy bien que míster Churchill lanzó todas las fuerzas británicas a la contrarrevolución, y todo lo que yo pude hacer fue decirle a Stalin que esto se hizo sin un solo voto de la Casa de los Comunes. Se hizo con los *stocks* que quedaban de la guerra mundial, y en cuanto le presenté a la Casa, quedó deshecho. Pero los rusos saben que desde entonces se han elegido en Inglaterra otros gobiernos. Por ejemplo, el Gobierno responsable del robo de Arcos[1]—un robo del cual se hubiera avergonzado cualquier niño inocente que jugara a los ladrones.—Por esto me dijeron que tenían necesariamente que tener cuidado, y yo no pude decirles con exactitud que no corrían ningún peligro. Les dije que las masas del pueblo no quieren guerra, y ellos me contestaron que no veían claro cómo las masas del pueblo podrían impedir que los místers Churchills hicieran la guerra cuando quisieran.

Lady Astor y los niños.—Hay ciertos contrastes que le llaman a uno la atención. En algunos aspectos, el Gobierno es duro; en otros, extraordinariamente humano. Recuerdo que lady Astor, que, a propósito, se interesa mucho por el tratamiento de los niños, y que se convirtió al sistema de Margarita Macmillan, decía a los rusos que ellos no entendían nada de niños. Dijo que los niños que habíamos visto estaban demasiados limpios, porque los niños no deben estar limpios cuando juegan. Eso, primeramente. Lo segundo era que los niños habían entrado porque estaba lloviendo. "Un niño no debe preocuparse de si llueve o no", decía lady Astor, y recomendó que mandaran alguna mujer responsable a Inglaterra a estudiar el cuidado de los niños, según el sistema Macmillan.

Y es probable que lo hagan, porque los rusos aprovechan todas las ideas.

Y si un hombre tiene una idea, ellos la utilizan y la ensayan en seguida. A todo hombre que tiene una nueva idea, le retratan y archivan su fotografía. En cambio, nuestro país hace todo lo posible por molestar y por matar de hambre a los inventores. En cuanto un hombre inventa una nueva máquina, todos los que trabajan con máquinas antiguas se lanzan sobre él. Si inventa nuevos métodos para evitar roturas, todas las casas que viven de esas roturas se lanzan sobre él. En Rusia no existe este roce.

"Ustedes pegan a los niños".—Veamos los aspectos humanos. Las relaciones con la policía son muy distintas de las relaciones con la policía aquí, aunque el policía de nuestro país tiene muy buena fama. Un saxoamericano que me encontré durante el viaje empezó a tomar fotografías en Leningrado. Se le acercó un policía y le dijo: "No puede usted hacer esto aquí. Me parece que está prohibido". El saxoamericano le contestó que él hacía lo que le daba la gana. Entonces surgió la cuestión de si el saxoamericano estaba actuando contra la ley. Un policía inglés, ante esa duda, habría dicho: "Tiene usted que venir conmigo a la Comisaría, y allí presentar su caso al inspector". Pero el policía ruso: "Me voy a la Comisaría a preguntar; espéreme usted aquí". Se fue, y, naturalmente el saxoamericano esperó. Pronto regresó el policía, que le dijo, "Está bien".

Cuando lady Astor habló a Stalin sobre los niños, Stalin se volvió, con una expresión muy elegante, y dijo: "En Inglaterra ustedes pegan a los niños". Y yo no creo que nada pueda expresar con mayor claridad la enorme diferencia existente entre Inglaterra y Rusia. En Rusia es un crimen pegar a un niño. Los niños acusan a sus padres en la Comisaría cuando esto ocurre.

Desde luego, no hay pena de muerte. La pena de muerte se ha abolido, y se puede cometer un crimen en relativamente buenas condiciones: cuatro años, por ejemplo, es el castigo que se impone a un asesino. Cuando el asesinato es muy malo, se le imponen cinco. Pero aunque no hay pena de muerte, se fusila por delitos políticos. Si un hombre empieza a sabotear, si empieza a especular, si trata de aprovecharse del sistema, en cualquier forma, para enriquecerse, ese hombre desaparece. Unos días después se comunica a sus parientes que le manden alimentos, y, después de unos días, o regresa a su casa, o se informa a sus parientes que ya no necesita más alimentos. Unos días más tarde se les comunica ya definitivamente que ha sido fusilado. En este aspecto son muy severos.

El fin del especulador.—En Inglaterra, el especulador es el hombre que vosotros admiráis. Le mandáis al Parlamento a que os represente, le mandáis a la Casa de los Lores. Hace algunos años se empezó a especular, y, lo mismo que después de la guerra, muchas personas mal aconsejadas empezaron a amontonar billetes alemanes; en Rusia también empezaron algunos a amontonar dinero, con lo cual casi se paralizó el comercio, pues el dinero había desaparecido. Esto se resolvió fácilmente. Registraron a unas mil personas sospechosas y fusilaron a dos de ellas en cada ciudad importante. Al día siguiente volvió a aparecer todo el dinero.

Recordando las noticias que uno ha leído

[1] La oficina comercial soviética que había en Londres

con frecuencia de que en Rusia se preocupaban menos de la inteligencia que del proletariado, me interesó conocer autores rusos, y me encontré con que estaban más prósperos que mucho de los que he visto en Inglaterra, y que eran autores que nunca trataron de pedirme dinero prestado. Y yo les dije: "¿Pero vosotros sois la inteligencia?" Ellos me replicaron: "Nosotros no somos la inteligencia; somos el proletariado intelectual".

La razón por lo que en Inglaterra no podemos hacer nada por el público es que tenemos un sistema parlamentario, el orgullo y la admiración del mundo capitalista, que ha alcanzado tal límite de eficiencia, que necesita treinta años para hacer lo que se resuelve en media hora, aunque sea urgentemente necesario. En Rusia se hace un trabajo de media hora en media hora. No hay Parlamento ni ninguna de esas tonterías. Hay Cuerpos que discuten la política; pero cuando hay que hacer un trabajo, siempre se le encarga a un dictador. Esto es, se elige a una persona para que lo haga bajo su responsabilidad. Si lo hace mal, esa persona fracasa. Sabe que tiene que resolver bien su tarea, y si no lo hace así, tiene que dejar su puesto libre para que otro que lo sepa hacer mejor. Nadie puede aparecer, después de haber hecho una cosa mal, diciendo: "Me han elegido democráticamente, y no hay nada más que hacer". No hay peligro de que Stalin escoja a un hombre porque es el hijo mayor de un duque o porque le conoció la semana pasada en una comida.

No hay distinción de clases.—Ese motivo ha desaparecido, y no hay manera de descubrir otros motivos. Nadie se puede enriquecer, y sólo se pueden mantener en sus puestos cumpliendo con su obligación. Por ló tanto, no existe la selección de clases, como la que tenemos en nuestro país. Y esto, naturalmente, es el no verse completo nuestro sistema; lo que nosotros llamamos democracia, en vez de crear responsabilidades, las destruye, y la única gente que hace algo es la que tiene el inmoral motivo de hacerse rico. Y cuando entre el socialismo en este país, tendremos que introducir ese sistema desde el principio hasta el fin.

Voy a decir una palabra sobre lady Astor. Dijo a los rusos que no podrían pasarse sin Dios, y que volverían a la religión. Pefo no es necesario que vuelvan a la religión. Están llenos de ella. La Iglesia griega y la Iglesia rusa eran Iglesias fracasadas, La gente de Inglaterra se horroriza cuando oye que una de las grandes catedrales rusas la han transformado en un museo antiteológico; pero yo os aseguro que visité este museo y que sentí deseos de resuscitar a Martín Lutero, o a un grupo de cristianos de Belfast. Todo el museo es un ataque al clero. Los curas cogían y cogían, y el pueblo no recibía nada.

Una institución religiosa.—Pero el caso es que toda la institución es, necesariamente, religiosa. No se trata de decir a la gente: "Tendréis más que comer y menos que trabajar". Aquella gente está llena de un impulso puramente espiritual. Un hombre irreligioso es un hombre que se cuida, que cuida de su estómago, de tener una buena casa, un hombre incapaz de sentir que su suerte está ligada a la suerte de la comunidad que le rodea. Un hombre religioso, en cambio, es un hombre que se aburre de su persona, y que puede contribuir a que el mundo sea mejor, que desea un futuro mejor que el pasado, que trabaja por algo más grande, más importante que su persona. Esta es la esencia de la religión: trabajar por cosas que están fuera de uno mismo, sin que esto sea un sacrificio. Así se vive más abundantemente.

En cuanto a la Tercera Internacional, yo dije que, al final, tendría que surgir un conflicto entre la Iglesia y el Estado, en el cual el Estado ganaría, y sugerí que la Tercera Internacional llegaría a tener un conflicto serio con el sistema soviético. Y creo haber leído en la expresión de la gente que me estaba escuchando que algo de eso estaba ya empezando a ocurrir. Es posible que algún día sea el Estado soviético la autoridad suprema, y la Tercera Internacional tenga que ocupar el segundo puesto.

Persiflage

— *Colaboración directa* —

El clavel bajo la influencia de la Sarah

Para *Salarrué*, el salvadoreño de los cuentos como sueños, para que me busque una perla más honda que el mar, pero chiquitita como la pupila del clavel moreno, donde guardar, sin acordarme de ella, la pena que ayer no tuve, y hoy tengo, y mañana no volveré a tener.

A la Sarah israelita le importan poco los versos. Es decir, los versos griegos. Sus profetas hebreos sí que se los sabe bien, y sus salmos, y su Salomón, que no fue Salomón, y su Eclesiastés amargo que los comentadores han procurado endulzar sin lograrlo. Y ese espíritu suyo la Sarah israelita se lo va infiltrando al clavel moreno. Hoy saludé al clavel con luminosa frase griega, del dialecto eolio; con versos de la primera estrofa de la oda a Anactoria:

Par de los dioses parécele a Safo
quien a tu lado aspirando tu aliento
oye tu voz . . .

Y ella, a quien Sarah la israelita instruye, me respondió en hebreo con palabras del cantar de acción de gracias de Hannah que está en el Libro de Samuel:

No hables con tan excesivo orgullo, ni permitas que la arrogancia salga de tu boca; porque el Señor es Dios de conocimiento, y por él las acciones son juzgadas . . .

Y es cierto que rió el clavel, pero algo noto en ella que me inquieta.

¿Había contado que ya no dormimos juntos? Ella duerme con la Sarah. Yo, que no quisiera otra cosa que estar a su lado noche y día,—para quien no hay flor, no, ni fruta, si no me sabe a ella,—excepto cuando todos nos reunimos de velada no puedo verla. Nos encontramos ayer, en un corredor, por casualidad, y creyéndonos solos los dos, la tomé en mis brazos que ya me dolían de desearla, y la dí un largo beso, de los que le gustaban, y la apreté hasta que le crujieron los huesos exquisitos que soportan la tan dulce carga de su carne Ella luchó por escaparse, pero no pudo. A la noche, a la velada, la Sarah israelita, que todo lo había visto, hizo burlas de mí.

—¿Qué diréis, dijo, de quien abraza y besa por fuerza, como ví hacer esta mañana a cierto Niño Perdido a quien aún no hallamos en ninguna parte?

El clavel moreno se puso tinto de rubor. Tenía los ojos bajos. La Sarah siguió diciendo:

"Cuando tenía la edad de esta criatura, más o menos,—eso sí, era más desarrollada que ella,—mi madre favorecía a un Vicohen, muy rico pero nada de mi agrado, que me cortejaba. Por obediencia, delante de mi madre siempre toleré que me hiciese el amor. ¡Lo hacía mal! Para hacerlo bien tienen que estar dos acordes. Y no me llegó a importar mucho la insistencia del Vicohen. Pero un día quedamos solos por primera vez. Vehementemente se vino él a mí con *"Ahora sí podemos besarnos"* y el resuello espeso y ruidoso. De dónde saqué fuerzas, no lo sé. El caso es que le dí formidable puñetazo, como de Sansón, sobre la oreja. Desde entonces es sordo del oído izquierdo el Vicohen que me pretendía. Después de viuda le he vuelto a ver. Viene él a Alejandría ¿quién no?, año tras año. Mucho temí que me guardara rencor. Pero es gran caballero. *"Aún tengo bueno el otro oído"*, me dijo el pobrecito".

Todos reímos el cuento de la Sarah israelita, excepto sólo el clavel moreno (¡Ay, amor, qué fuerzas tendrán tus puños para hacerme saltar el tímpano del oído?).

Pensando ese pensamiento iba a abrazarla delante de todos. En eso entró Timas, la esclavilla griega de la Sarah israelita, a quien instruyen en el Museo y que tiene fama de linda voz. Me aplacó, llenándome de tristeza, con su cantar de aquella melodía del Hipólito en que se hace lamento del destierro del mancebo. Dice así:

¡No más, O mi espíritu,
somos sin mácula:

Vimos mal inimaginable:
Yo misma lo ví:
El griego, el luminoso más que todos,
el ateniense, el semejante a una estrella,
echado de su patria por odio de su padre
a una tierra lejana!

¡O colinas de arena y tendidos de arena
de la playa ateniense,
o espesuras de montañas,
donde tú antes subías
siguiendo fieras,
con mastines, delicada de pies,
cazadora con demonios, Artemisa!

¡No más
montarás tu carroza
que arrastran bajo yugo los caballos de
Enetas,
ni alentarás que corra tu corcel
hacia el estadio, en Limnas;
y tu canto, siempre ferviente,
y la nota de respuesta de la lira,
cesarán en la casa del rey;
lejos en la hondura del bosque,
en los claros de bosque donde halla su
agrado,
la hija de Latona quedará sin adorno de su
frente:
Con tu partida
cesará la dulce rivalidad de las doncellas,
y su anhelo de amar jamás tendrá consuelo!

Yo por tu suerte
acepto el golpe amargo
y lloro:
¡Ay, ay, pobre madre,
que fueron sin fruto tus dolores de parto!
Enojada estoy contra estas ánimas:
Ay, Caridades siempre inseparables,
¿por qué, por qué le echasteis fuera
al infortunado, al sin culpa,
lejos de su palacio,
lejos de las puertas de su ciudad?[1]

Oyendo la tristísima canción el clavel moreno se puso a llorar, y la Sarah israelita se me la llevó adentro, al lugar de las mujeres, a consolármela, sin duda, con berridos hebreos, o a adiestrármela, quizás, a que me rompa, a trompadas, la cara.

Persiles

Heredia de 1931.

(1) Traducción de *Salomón de la Selva*, especial para este *Persiflage*.

Un libro sobre Emilio Zola...

(Viene de la página 201.)

ticidad. Por otra parte, su homenaje de admiración y gratitud a Mme. Zola asoma y se repite cada vez que la nombra.

La riqueza informativa de este libro aprovecha los estudios anteriores, acumula una documentación hasta ahora inédita y agrega los recuerdos personales de la autora. Pertenecen éstos a la infancia y no tiene, por tanto, otro alcance que el eco afectivo de su período. La señora Le Blond-Zola contaba trece años al morir su padre. "He nacido demasiado tarde—nos dice;—no he podido, evidentemente, vivir junto a mi padre los años necesarios como para poder interrogarlo; no he podido sino amarlo en forma apasionada y presentir su gloria. Cuando yo lo acompañaba, ¡cuán grande era mi orgullo si se le reconocía y saludaba! Pero al pretender penetrar en su vida, he debido someterme al largo aprendizaje de sus detalles. A medida que yo avanzaba en este gran trabajo, tan lleno de profundos y conmovedores atractivos, y que los acontecimientos me parecían más claros y que un velo se desgarraba para dejar aparecer la alta personalidad de Zola dominando noblemente su época, lamentaba yo mucho más no haber sido una chiquilla en la hora de su muerte".

Los recuerdos de su corta edad prestan, no obstante, al relato, notas de gracia y de ternura como el lector las hallará, por ejemplo, en las páginas que se refieren a la vida londinense del desterrado, durante el asunto Dreyfus. Unense a aquéllos, también, los preciosos detalles y aclaraciones que la autora recogió de labios de Mme. Zola.

Parte del epistolario del novelista, publicado hace muchos años; numerosas referencias de colegas y amigos que le trataron en la intimidad, y algunos amplios estudios dedicados al hombre y a su obra, habían presentado y esclarecido ya, de largo tiempo atrás, en forma casi definitiva, los distintos períodos de la existencia de Emilio Zola. Conocíamos su infancia provenzal, su llegada a París, su humilde y providencial empleo en la librería Hachette, donde conoció personalmente a hombres como Taine, Sainte-Beuve y Michelet; conocíamos su iniciación literaria, su época de crítico de arte, su vinculación estrecha con los pintores impresionistas, el influjo de las obras de Darwin y de Claudio Bernard sobre su espíritu, el proceso ideológico que le llevaría a ejercer su "apostolado" estético y social Conocíamos, también, con minuciosidad, la forma en que había preparado y elaborado cada uno de sus libros, sus pintorescas y frustradas ambiciones a un sillon académico, sus luchas ardientes, sus cambios de fortuna, sus placeres burgueses, toda su actuación en el asunto Dreyfus. No había zonas enteramente oscuras en aquella vida para el lector interesado. No hay, por tanto, en esta reciente biografía, revelaciones extraordinarias. Pero al recorrer sus páginas, revive un mundo en torno al protagonista, desfilan grandes figuras y reaparecen otras casi olvidadas, mézclanse los defensores y los detractores igualmente encarnizados del escritor, hierve el ambiente que éste removiera con su pluma militante.

¿Cuándo pasó todo aquello? Cenizas recientes, ¡cuán heladas y remotas parecen! Las resonantes batallas del naturalismo, los bloques sucesivos de los Rougon-Macquart, *los sueños ciclópeos, las construcciones cíclicas del gran obrero, son ahora, para el lector de gustos nuevos y sensibilidad distinta, sombras adensadas en un rincón del panorama finisecular. ¿Es que ya no se lee a Zola? En los tranvías, en los subterráneos de nuestra ciudad, suele verse a jóvenes de ambos sexos, probablemente estudiantes secundarios o empleados modestos, absortos en la lectura de* Naná, *de* La Tierra, *de* Germinal, *de alguna de las* trois villes, *atraídos por la celebridad escandalosa o la aureola social que acompañan, indistintamente, a esas y otras novelas del maestro naturalista. Según mis datos, es asimismo uno de los autores predilectos entre los concurrentes a las bibliotecas obreras . . . Sí, se lee a Zola. Pero dudo que se le relea; es decir, dudo que vuelva espontáneamente a sus libros el lector culto, atento a la actividad bibliográfica. Hay, por lo menos, un síntoma negativo, y es la ausencia de nuevas ediciones esmeradas o de selecciones de las mejores páginas del autor, en un país que, como Francia, no las escatima y vela celosamente por ellas. Conspira, de igual modo, contra la "actualidad" del novelista, el silencio de los críticos. En tanto, los manuales de historia literaria, monederos internacionales que acuñan la gloria en oro, plata y cobre, fijan en pocos trazos el perfil del maestro, agregan su inscripción dictatorial y entregan a la circulación universal su juicio inconmovible. Para ellos, Emilio Zola no fue un artista, sino un artesano, un prodigioso artesano, si se quiere. Y en lo que respecta a su doctrina, dichos textos aseguran que el secuaz de Darwin, de Bernard, de Taine; el autor de la "historia natural de una familia bajo el segundo imperio, el anti-Hugo, resulta, a fin de cuentas, un romántico más, así como sus novelas "experimentales" no pasan de ser poemas, groseros poemas, hijos de la fantasía, pero sin alas . . .*

El generoso defensor de Dreyfus ha eclipsado, en gran parte, al escritor. La señora Denise Le Blond-Zola no deja de advertirlo melancólicamente en las últimas páginas de su libro. "La gloria mundial del autor de J'accusse*—dice—no puede sobrepasar a la del autor de los* Rougon-Macquart. *Zola no hubiera podido acaso, escribir su carta a Félix Faure si su nombre*

no hubiese sido una autoridad en 1898. El papel político de Víctor Hugo no hizo sino aumentar la gloria del poeta y la defensa de Calas no veló la obra considerable de Voltaire".

Si este libro alcanza la difusión que merece y logra modificar el prejuicio de unos y la indiferencia de otros, provocará, sin duda, algún movimiento de retorno a la producción literaria de Zola, y habrá llegado la hora de seleccionar en ella y de destacar, ante los ojos de las nuevas generaciones, los grandes valores que contiene y que perdurarán por encima de su propio limo y de las censuras extraliterarias que la agobian.

Rafael Alberto Arrieta

El alma de las palabras

—*Envío del autor*—

La ciencia, producto de los sabios que al impulso de su espíritu creador se aventuran con frecuencia en hipótesis que luego fracasan, tiene una hermana melliza, más prudente que ella y por eso más certera en sus afirmaciones: la experiencia popular, creadora de la sabiduría popular, que arraiga sus afirmaciones en el limo de los siglos. Ciencia y experiencia tienen como esencial instrumento el lenguaje, y en el fondo lejano del lenguaje encuéntranse los más admirables secretos de esa filosofía popular.

Adolesco, crecer, en el latín fecundo, tenía como participio activo *adolescentem* (acusativo), de donde el castellano adolescente.

Adolescente es el que crece, en el lenguaje y en la vida, y no puede tener otro alcance ese vocablo ni en el hogar ni en la escuela, ni pueden tampoco el hogar y la escuela dejar de comprender ese axioma sentado tan rotundamente por la experiencia tradicional.

¿Pero, realmente la escuela tiene esta brújula indicadora de sus rumbos? ¿Realmente el crecer, el hacer crecer, es el fin primordial de la escuela? En las escuelas *buenas,* en las escuelas en que se *trabaja* árduamente, los maestros sienten gran complacencia cuando los niños, o los adolescentes han colmado sus cabecitas de guarismos y de nombres, cuando una clase entera permanece hora tras hora en una quietud estática, como si las manecitas y las bocas y los ojos de los adolescentes estuviesen encadenados quién sabe con qué diabólicas cadenas. Y, ¿es esto hacer crecer? ¿Se crece intelectualmente llenando la mente con la cosecha de los otros, cuando el fin del hombre, como el del animal y el de la planta, es producir?

El viejo verbo latino *Fari,* hablar, que dió origen a afable, habla (fabulare), inefable, hado (*fatum*) y a tanta bella palabra, también es la fuente de un término negativo, *infante,* que propiamente significa el que no habla. La educación, aprovechando las fuerzas propias de la infancia, ha de conducir al individuo a su mayor desarrollo, lo ha de llevar a dejar de ser infante, es decir, a hablar. Hablar es exteriorizar lo que hay dentro del individuo, la palabra (*parábolam*) es lo que se lanza; como el árbol lanza la fruta, el hombre lanza su cosecha entre la cáscara de la palabra. Hablar es producir. Al sacar de la *infancia* al individuo, la educación, si es educación, debe proporcionar el material de la cosecha, el abono, el humus. Hay que hacer hablar.

Crisostomus

Siga trabajando *Crisóstomus.* ¡Bienvenido!

INDICE



La remesa de esta semana:

Ad. Ferriere: *La educación de la familia*	₡ 3.00
Valentín Andrés Alvarez: *Sentimental dancing.* Novela	3.00
Pedro Salinas: *Fábula y signo.* Poesías	4.00
Luciano de Samosata: *Los amores, El banquete, Subasta de filósofos y La danza*	2.50
Arcipreste de Hita: *Libro de Buen Amor.* Edición de Alfonso Reyes. Un volumen. Pasta	2.50
Legislación Municipal de España. (2 de octubre de 1877)	1.25
Pío Baroja: *Las tragedias grotescas.* Novela	3.50
Nemilow: *La tragedio biológica de la mujer*	3.50
A. Bogdanoff: *Economía política.* Curso popular	4.00
Rosa Arciniega: *Engranajes.* Novela	3.50
Fichte: *Antología pedagógica*	2.00
Varios autores: *Cómo debemos educar a nuestros hijos*	3.50
Usevolod Ovanov: *Campesinos y bandidos.* Narraciones soviéticas	1.50
Leonid Leonov: *Agua turbia y 11 cuentos rusos modernos*	1.50
G. Marañón: *Tres ensayos sobre la vida sexual*	3.50
E. F. Lohndorff: *Africa llora.* Jornadas de un legionario	4.00

Solicítelas al Adr. del *Rep. Am.*

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica